JANET & ISAAC ASIMOV

NORBY



LA GRAN AVENTURA DE NORBY

Lectulandia

Norby no es un robot aerodinámico, sino que se parece a un barril, es una parodia de una parodia; pero está dotado de una iniciativa y de una imaginación que roza la anarquía cuando se trata de actuar. Y yo diría que no sólo la roza. La practica con argucia y arrogancia, inspiración y doctrina, gravedad y candidez. Norby es, a su manera, el autorretrato más logrado entre los infinitos que hasta ahora nos ha propuesto Isaac Asimov. Evidentemente, las «Tres leyes de la robótica» caen ante el ataque despiadado de los seguidores de Ing contra Manhattan, contra Nueva York y, por fin, contra el mundo. Sólo este segundamano sabe cómo mover las piezas y las mueve.

Isaac Asimov & Janet Asimov

La gran aventura de Norby

Las crónicas de Norby - 8

ePub r1.0
Titivillus 28-05-2026

Isaac Asimov & Janet Asimov, 1989
Traducción: Liliana Piastra Foschini

Editor digital: Titivillus

Digitalización y OCR para Epublibre

Colaboración: libro editado gracias al material aportado por digitalizadores amigos de Epublibre

Primera edición en Epublibre, 28-05-2026
ePub base r2.1

A todos los cosmonautas y astronautas
que mantienen vivo el sueño.

1. Bajada a Marte

EL SOMBRERO metálico ligeramente abovedado de Norby se irguió en toda su extensión como si alguien hubiera tirado de él hacia arriba. Bajo la ancha ala, el par de ojos delanteros del robot parpadearon con rapidez, señal segura de que sus circuitos emotivos estaban sumamente agitados.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jefferson Wells, el propietario de Norby—. ¿Qué es eso tan importante que el almirante no puede explicar por el visiófono?

Cada vez que el almirante Boris Yobo reclamaba a Norby y a Jeff a su despacho en la gran rueda giratoria del Comando Espacial, significaba que la pareja tenía problemas. Dado que Jeff era el cadete de guardia de aquel fin de semana que acababa de empezar, Norby había ido sólo a ver a Yobo.

En la biblioteca de la Academia Espacial, donde Jeff estaba estudiando, todo era silencio. Del antiguo libro impreso no salía un solo ruido, y de los monitores vecinos conectados al ordenador central para alertar al cadete de guardia acerca de cualquier problema que pudiera surgir en la academia, no salía ni un solo pitido.

—¿Qué hemos hecho? —preguntó Jeff. ¡Había gozado de un silencio tan maravilloso hasta aquel momento!

Norby se balanceó sobre sus pies dobles y respondió:

—Tengo buenas noticias y malas noticias, Jeff. —Haciendo salir ambos brazos extensibles del barril metálico que era su cuerpo, añadió—: ¿Cuales prefieres primero?

—Las malas. Sabiendo lo peor, puedo quedarme más tranquilo.

—El almirante Yobo quiere que le ayudes en su último proyecto.

—Esto más bien me parece una buena nueva, en especial si no tengo que ayudarte. Podré estudiar todo el fin de semana…

—Le he dicho al almirante que no estoy dispuesto a hacerlo sin ti.

—¡Norby! ¡Tengo guardia!

—Se te dispensará. Todavía no has oído las buenas noticias. El almirante está muy contento con este proyecto.

—Me satisface mucho que el almirante esté contento, pero, por favor, ve sin mí, Norby. No quiero participar en ninguno de sus proyectos. Todavía no me he recuperado de la vez que se le ocurrió grabar la partitura del bajo de aquellos cantos antiguos africanos en los que me hizo intervenir como barítono. Me pregunto si le gustaron a su sobrino-nieto.

—Jeff…

—Y aquella otra vez en que se le ocurrió componer poesía épica en swahili marciano que al menos no me produjo la indigestión monumental de aquella otra vez en la que puso en práctica sus recetas de cocina marciana con tantas especias picantes… E imagino que puedo sentirme satisfecho que haya abandonado la práctica de aquellas artes marciales de cuando era joven…

—¡Este proyecto es peligroso!

Jeff saltó:

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Y cómo puede ser peligroso si estaremos en el Comando Espacial?

—No estaremos. Y además está por debajo de mi dignidad.

—¿Cómo es posible que una cosa peligrosa esté por debajo de tu dignidad? Además, el almirante tiene suficiente para los dos.

—El almirante desea que le ayude en su nueva afición a la holografía. Ha adquirido una cámara muy cara…

—¿Y tienes miedo de estropearla?

—¡Pues claro que no! Tengo miedo de ir a su casa de Marte.

—¡Uau! ¡Qué magnífico! Siempre he deseado ver la casa del almirante. No me parece ninguna aventura peligrosa, pero en ese caso, iré contigo de buena gana.

La maquinaria interna de Norby soltó unos ruiditos rechinantes y el sombrero se introdujo en el barril hasta no dejar visible más que la mitad superior de sus dos ojos delanteros. Como robot fabricado por un antiguo robotista terrícola con piezas alienígenas y terrestres, entre sus poco corrientes talentos poseía el de poder adoptar expresiones patéticas.

—¡Es peligroso, Jeff! He oído decir que el almirante tiene una hermana mayor que él, una especie de ogro femenino y, todavía peor, su sobrino-nieto que pasa unos días con ella, seguro que querrá desmontarme…

Jeff, condescendiente, se echó a reír.

—No seas tonto, Norby. Los Yobo son una familia marciana muy distinguida. Por otra parte, no dejaré que nadie te toque. Voy a preparar mis cosas. Debería estudiar, pero la verdad es que, sin nadie en la Academia, me aburro mucho. Me gusta que haya un cambio en este fin de semana.

—Pues a mí no —murmuró Norby.

En el interior del minicrucero privado de Yobo, el *Orgullo de Marte*, Norby se puso a los controles mientras Jeff examinaba y expresaba una adecuada admiración por el nuevo equipo de holografía del almirante, preguntándose la causa del brillo fanático de los ojos de su superior.

—Baja sólo a la mitad del camino de Marte, Norby —dijo el almirante en tono ausente mientras daba unos golpecitos a la tapa de la cámara holográfica

—Ya estamos —respondió Norby.

En realidad no se tardaba mucho en «bajar» ya que el Comando Espacial giraba en la órbita de Marte.

—Bien. Mantén la nave ahí. Me pondré mi traje espacial y saldrás afuera conmigo. Tienes que hacerme unas cuantas holografías girando en torno de la nave con Marte al fondo. Seguro que resultarán visualmente dramáticas. A continuación, entraré y saludaré desde la portilla y también me filmarás.

Jeff sonrió. Yobo estaba orgulloso de la portilla que había diseñado de forma que pudiera ver el exterior sin necesidad de utilizar la pantalla de visionado interior.

Metido en el traje espacial, el almirante resultaba una figura imponente. Jeff era muy alto para su edad, pero Yobo lo era mucho más y además más ancho. Con el calvo cráneo brillando dentro del casco transparente, salió con Norby tarareando una antigua canción del Comando Espacial.

Si bien Jeff no podía oír lo que decía Norby en el espacio, las palabras del almirante le llegaban claramente a través de la radio del traje de éste conectada con el ordenador de la nave. Si Norby tocaba a Yobo, podían hablar telepáticamente gracias a que, junto con Jeff, habían sido mordidos por un dragón, pero ésa es otra historia[1].

—Has de hacerme una fotocomposición artística, si es que este concepto entra en tus revueltos circuitos —decía el almirante separándose de Norby y adoptando una pose heroica con la nave al fondo.

Jeff miraba divertido la imagen del rechoncho robot flotando en el espacio sostenido por los estabilizadores de propulsión y la miniantigravedad (o lo que fuera que estaba utilizando, pensó Jeff), pero cuando Yobo se equivocó y pasó de la postura heroica a girar espatarrado cabeza abajo, Jeff no pudo contener las carcajadas.

—¡Maldita sea, Norby! —gritó el almirante—. Invierte tu posición, así nadie advertirá que no puedo controlar mis movimientos en el espacio.

Jeff seguía riendo inconteniblemente. Tanto que, a causa de sus movimientos en la silla de delante del tablero de control, sin querer tocó un botón con el codo.

El *Orgullo de Marte* saltó alejándose del almirante en dirección a Marte, privándole del fondo tan anhelado para la holografía. Yobo soltó una exclamación y se impulsó hacia la nave. Jeff asió los controles y detuvo la caída en la diáfana atmósfera marciana, mientras Norby volaba hacia el almirante, lo asía por el casco y lo remolcaba hacia la nave.

Una vez en el interior, Yobo tenía el entrecejo fruncido mientras preguntaba:

—Bien, ¿has tomado la holografía, Norby?

—Sí, señor. Yo soy muy eficiente, no como los seres humanos —y el robot hizo un gesto en dirección a Jeff.

—Ah, muy bien. No ha pasado nada —declaró el almirante apaciguado—. Hacía años que no me ponía un traje espacial. Es una sensación maravillosa. ¿Lo has probado alguna vez, Jeff?

—Sí, señor. Pero es mucho mejor sin traje, en el interior de la burbuja transparente de Norby.

—¡Ah, sí! Me olvidaba —Yobo guardó el traje espacial y se acercó a los controles—. Ahora iremos a Marte. Este fin de semana, mi hermana estará trabajando en su bufete de abogado en un caso legal… espero. ¿Te he hablado alguna vez de ella?

—Sí, señor.

—Es mayor. Muy mayor. De hecho, ya está en la mitad de la vida. Yo en cambio, todavía soy joven.

—Sí, señor.

—Aunque no importa que ella esté en casa —continuó Yobo en tono pensativo—, dado que no vamos a quedarnos.

—¿Ah, no? —exclamó Jeff desilusionado. Había hecho su maleta para el fin de semana con un cuidado especial.

—Viviremos en el *Orgullo de Marte*. Sólo vamos a Marte para recoger algo de casa. Seguramente nos llevaremos… —y miró el reloj—… el té. Está dentro de la tradición familiar. Aunque no haya visitas, el mayordomo lo sirve siempre. Si mi hermana está en casa, probablemente no podremos llevarnos comida, pero tenemos de sobra con la del Comando Espacial, además del más reciente sintetizador de alimentos que he incorporado a la nave. No pasaremos hambre.

Conociendo la debilidad del almirante por la buena comida, semejante posibilidad jamás había cruzado por la mente de Jeff.

—Si no nos quedamos en Marte, almirante, ¿a dónde iremos?

—Eso depende de Norby.

—¿De mí, señor?

—Sí. De ti. Si te lo pido, ¿crees que podrás canalizar tu capacidad de hiperviajar con el ordenador del *Orgullo de Marte*?

—Sí, señor. Si yo estoy a los controles, puedo hacer hiperviajar a cualquier nave.

Yobo asintió con un gesto.

—Muy bien. La Federación Galáctica sigue sin poder construir otra nave experimental para hiperviajar y sustituir la que perdimos por tu culpa.

—¡No fue culpa mía!

—Es igual. De cualquier manera, la Federación sigue sujeta al sistema de nuestro viejo Sol mientras tú puedes ir a donde quieras. ¿No es verdad?

—¡Ciertamente, señor!

La cabeza de Norby surgió en toda su extensión y saludó marcialmente tocándose el ala del sombrero.

Jeff alzó las cejas sorprendido. Norby no solía exhibir ningún tipo de entusiasmo militar. Quizá estaba auto-convenciéndose de la importancia de la misión de Yobo.

—¡Ah…! —exclamó éste con un profundo suspiro que ensanchó su torso magnífico. Dio un salto triunfante como un chico a quien lo sueltan de vacaciones y añadió—: ¡Tengo un plan maravilloso!

—¿Cuál es, señor? —preguntó Jeff ligeramente nervioso.

—En primer lugar, hemos de averiguar si las misteriosas habilidades de Norby funcionan con un determinado objeto que tengo en mente.

—¿Algo que está en su casa de Marte, almirante? —preguntó Norby.

—Exacto —respondió Yobo—. Ahora… a casa, y después… ¡a la aventura!

2. El legado

MIENTRAS se acercaban a la cúpula que cubría Marte, Jeff contemplaba el panorama a través del visor. Se trataba de una fantástica estructura que, aunque vista desde el espacio, parecía hecha de una sola pieza; en realidad consistía en una serie de placas enlazadas entre sí que cubrían la Ciudad (sólo había una y nadie la llamaba de otra manera), los alrededores residenciales y los campos de cultivo que se extendían casi hasta los casquetes polares, justo en el límite de la cúpula.

—Allí está nuestro aeropuerto privado —anunció Yobo orgullosamente. Sentado a los controles, contemplaba absorto su amado planeta nativo—. Tenemos una hermosa vista del monte Olimpo. Fijaos cómo la cúpula se cierra entorno al mismo.

—Maravilloso, almirante —declaró Jeff con toda sinceridad.

La montaña más alta y más enorme de todo el sistema solar constituía un objeto digno de orgullo para cualquiera nacido en Marte.

—«Jeff —le dijo telepáticamente Norby tocándolo—, ¿tienes alguna idea de lo que Yobo desea de mí y cuál de mis talentos quiere utilizar? Estoy preocupado».

—«Usualmente soy yo el que se preocupa, Norby, pero por esta vez, te adelantas a los posibles problemas. Deja que disfrute de mi fin de semana».

—¡Adelante, chicos! —exclamó Yobo así que la nave se posó en el aeropuerto—. ¡Apenas puedo esperar a que Norby se ponga manos a la obra!

—«Manos a la obra, Jeff. ¿Y ahora no te preocupas? ¿No crees que al almirante le pasa alguna cosa rara?».

—«Probablemente existe una explicación racional».

Pero mientras salían por la portilla y pisaban el aeropuerto de Yobo, Jeff no pudo impedir sentir cierta inquietud acerca del misterioso plan

oculto en la mente del almirante.

—Mi casa —dijo éste señalando hacia abajo—. Conocida en los anales de la arquitectura marciana como una obra maestra de monumentalidad y grandeza.

Mientras bajaban en el ascensor transparente desde el pie de la nave hasta el suelo, Jeff se sentía plenamente de acuerdo con la afirmación del almirante. En el nivel de la superficie se veía sólo un piso de la sólida construcción, ya que la mayoría de las estructuras marcianas tenían que ser subterráneas y provistas de planchas metálicas de seguridad que cerraran puertas y ventanas, para el caso que le ocurriera algo a la cúpula y al precioso aire que contenía.

El ascensor de Yobo no los bajó hasta el piso principal, sino que los dejó en un pabellón de columnas blancas rodeado de jardines. Un coche automático los esperaba para llevarlos a la casa, pero Yobo lo despidió con un gesto.

—Quiero una fotografía paseando por estos jardines que tanto echo de menos en el Comando Espacial —declaró mientras sacaba la holocámara—. Nosotros, los Yobo, tenemos los mejores jardines de Marte… y de todo el sistema solar. Bajo nuestra cúpula, controlamos perfectamente el clima a diferencia de las defectuosas cúpulas de otras colonias, o de los tozudos terrícolas que se empeñan en no tener ninguna, con lo que sus jardines son víctimas de las inclemencias del tiempo.

—Este jardín es el mejor que he visto —afirmó Jeff maravillado.

—Mira —le señaló Yobo—. Seguro que nunca has contemplado una *Protea arístata* como ésta.

—¿Proteínas para aristócratas? —preguntó Norby.

—No, robot borrico. Se trata de unas plantas con las hojas en forma de aguja y magníficas flores rojas.

Por anteriores visitas a jardines botánicos, Jeff reconoció muchas otras plantas africanas. Había lirios azules, flores rosadas en forma de campana, otras rojas en forma de copa con una línea blanca en la parte media y rojo oscuro en los bordes, *pelargoniums*, numerosas clases de geranios híbridos y soberbios gladiolos. Jeff lamentó que en tantos viajes que había hecho, nunca hubiera visitado el continente terrestre llamado África.

Norby le tiró del brazo.

—«El almirante se ha equivocado. Su hermana está en casa y no le hace ninguna gracia nuestra presencia».

La maciza puerta de entrada de la mansión, en lo alto de la amplia escalinata de mármol, se había abierto y en el umbral estaba de pie una mujer alta y esbelta vestida con una amplia túnica bordada con motivos africanos. A diferencia de su hermano, tenía una hermosa cabellera sembrada de gris en las sienes. Su expresión era sombría, pero Jeff intentó ser caritativo.

—«Es una mujer hermosa, Norby».

—«Me parece que tiene muy mal genio».

—«Compórtate con naturalidad».

—«¡Pero si siempre lo hago! ¡Cuando algo va mal, siempre es culpa de alguien, no mía!».

Jeff soltó la mano de Norby y le susurró al almirante:

—¿Cómo se llama su hermana, señor?

Yobo la saludó con la mano.

—¡Hola, Ivi! —y añadió también en voz baja—: Se llama Isabel Victoria, pero será mejor que la llames señora Yobo porque como se casó con un primo lejano nuestro, y no cambió de apellido como hacen las mujeres de hoy día… ¿Eh… sí… Ivi? No he oído lo que decías.

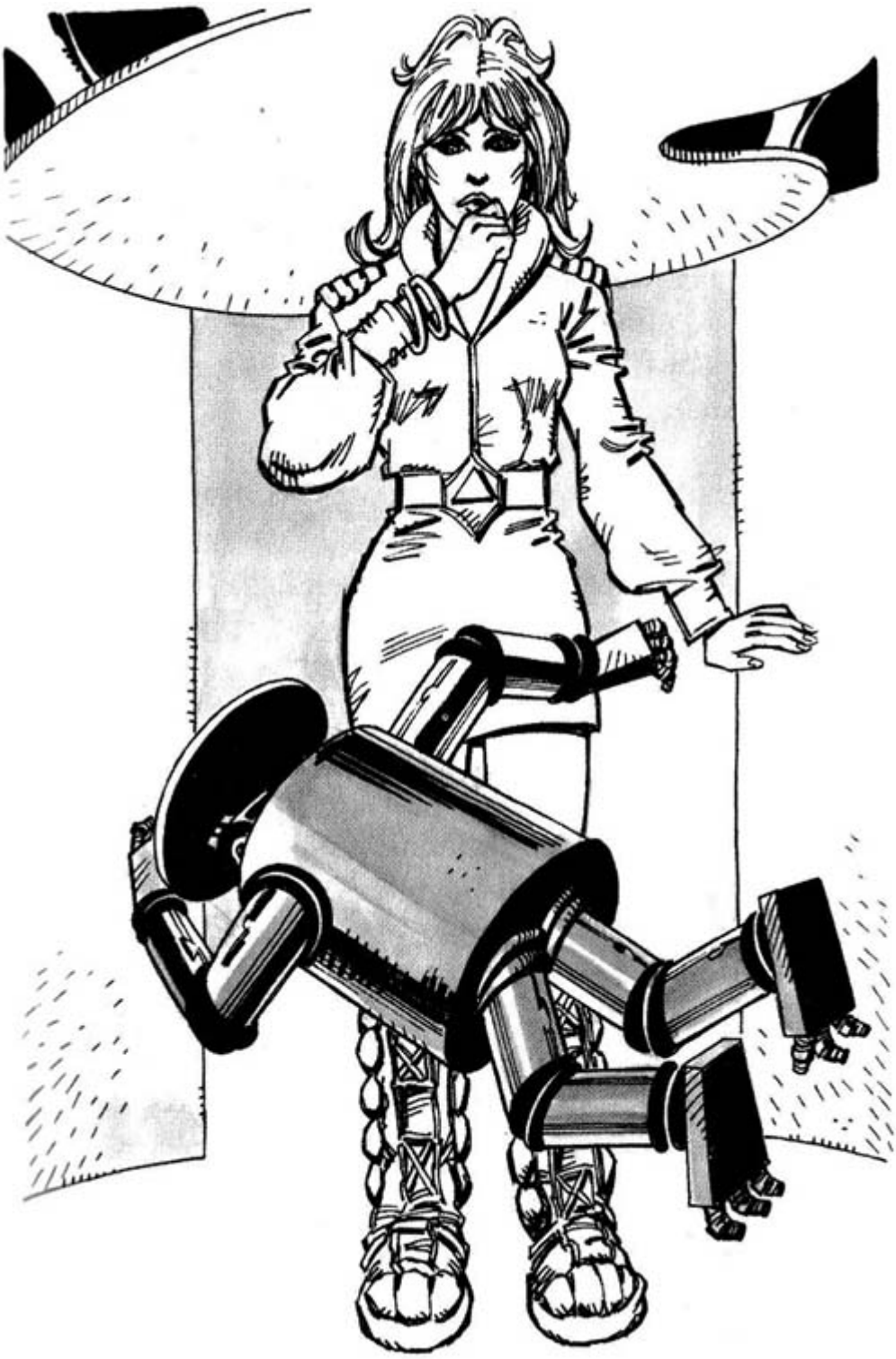
—He dicho que debías haberme comunicado tu llegada, Boris, y que, además, traías invitados —dijo la mujer mientras inclinaba la nariz hacia Jeff y Norby.

—He enviado un mensaje, Ivi, al mayordomo, porque creía que estabas trabajando.

—Éste es un fin de semana de tres días de fiesta, incluso para los abogados —respondió severa Ivi—. Por otra parte, has perdido el tiempo enviando un mensaje al mayordomo porque está en el taller de reparaciones. Resulta imposible fiarse de los robots.

—Al contrario de mí —declaró Norby—. Yo siempre soy de fiar… Casi.

—Está bien, Norby —intervino el almirante—. Ivi… Éste es el cadete Jefferson Wells y su… hummm… robot-maestro, Norby, que en este fin de semana me están ayudando con mi nueva holocámara. Sólo hemos bajado un momento para tomar el té y llevarme una cosa que necesito.



Ivi inclinó la cabeza una fracción de centímetro.

—Cadete Wells… Robot…

Norby intentó efectuar una reverencia pero calculó mal la inclinación hacia adelante y a punto estuvo de aterrizar de cabeza sobre los elegantes zapatos de la hermana del almirante. Afortunadamente echó mano a

tiempo de su miniantigravedad y recuperó la estabilidad sobre sus pies dobles.

—Encantado de conocerla, *madame* —dijo Norby tocando con deferencia el botón superior de su sombrero como si fuera a saludar con un floreo, a semejanza de un siervo de los tiempos antiguos en presencia de la aristocracia—. Me encantará repararle su robot-mayordomo. No le cobraré nada, además.

—Ni pensarlo, Norby —atajó el almirante—. Tu hoja de resultados a la hora de reparar mi equipo es terrible. La última vez que ajustaste los ordenadores del Comando Espacial, todos los informes que emitían estaban escritos en el inglés de los tiempos de Chaucer[2].

—Aquello fue porque estaba leyendo los «Cuentos de Canterbury» —se disculpó Norby.

—«¡Robots!» —el bufido desaprobador de Ivi cerró la conversación. Con helada cortesía condujo a los inesperados huéspedes hacia el interior de la casa.

Jeff cogió nuevamente la mano del robot para suavizar sus probablemente ultrajados sentimientos.

—«No hagas caso, Norby. Yo sé que tú eres especial».

—«Pero me gustaría explicarle mi talento extraordinario para hiperviajar, la telepatía y el viaje en el tiempo, además de mi habilidad especial para sacar a los seres humanos de los peligros donde siempre se meten».

—«No digas nada, Norby. Pero recuerda que si la hermana del almirante es el ser humano más aristocrático de la Federación, tú eres el más aristocrático de los robots».

Jeff se esforzaba en contemplar las maravillosas obras de arte que veía a medida que recorrían la casa, precedidos por Yobo, pero eran tantas y tan numerosas que casi se sintió aliviado cuando llegaron al salón, colocado al nivel de la superficie, con vistas a los jardines.

—Ya que llegas a la hora del té —manifestó Ivi sentándose en el sofá, frente a una mesita baja—, he de advertirte que ha venido de visita la Primera Ministra…

—¿La Primera Ministra de la Federación? —preguntó asombrado Norby.

—En estos días que corremos, no hay más que una Primera Ministra —respondió secamente la hermana del almirante—. Ha traído a su hija

menor para que conozca a mi nieto Martin.

—Es mi sobrino-nieto Martin Chen —explicó Yobo—. Su padre es un físico de la Ciudad.

—De ascendencia oriental —añadió Ivi frunciendo el entrecejo—. Creo que su familia procede de un lugar llamado San Francisco.

Jeff se esforzó en no sonreír.

—¿Cuántos años tiene su nieto, señora? —decidió que «señora» era más fácil que «señora Yobo» ya que, evidentemente, no podía llamarla «Ivi» que sólo quedaba para la familia.

—Nueve —respondió ella—. Ahora está fuera jugando a béisbol, pero vendrá a casa cuando llegue la Primera Ministra.

—¿Y cómo está Wenoa? —la ancha faz de Yobo exhibía una sospechosa expresión de inocencia. Jeff se sorprendió al oír que el almirante supremo del Comando Espacial se atrevía a referirse a la Primera Ministra por su nombre de pila.

—Boris, por favor —advirtió su hermana frunciendo nuevamente el entrecejo—, no intentes flirtear con Wenoa Grachev.

—¿Yo? ¿Flirtear con una Primera Ministra?

Ivi apretó los labios con fuerza y sólo los abrió para indicar:

—Hemos de ir con mucho cuidado cuando intente hablarnos de legados familiares. En su hiperllamada me dijo algo acerca de mostrarle a su hija un legado particular que Wenoa, con una arrogancia insufrible, cree que pertenece a los Grachev, o que les perteneció… No entendí muy bien lo que dijo.

Yobo soltó unas risitas.

—Wenoa siempre ha afirmado que nuestras familias estaban emparentadas.

—¡Bah! —dijo Ivi en un tono desdeñoso que acentuó notablemente el parecido con su hermano—. Si nos remontamos a los orígenes, resulta que Wenoa no es más que una mestiza. Desciende de antiguos rusos, mezclada con españoles y galeses, aparte, claro está, de su abuela indígena americana cuyo nombre lleva. Cuando erais jóvenes, nunca me gustó que fuerais novios.

—Bien… yo no diría que ahora somos viejos —dijo Yobo en tono tímido al tiempo que guiñaba un ojo a Jeff—. Además, Ivi, se ha dicho que la gloria de la Federación es que reconoce y aplaude el hecho de que toda la humanidad constituye un solo pueblo.

—¡Puff! ¿Quién ha dicho eso?

—La Primera Ministra Grachev en su primer discurso ante el Parlamento de la Federación —dijo Yobo con una sonrisa—. Quizá debería haber añadido: «con algunas importantes excepciones».

—¡Naturalmente! —aseguró su hermana.

En aquel momento llegó el carrito automático del té. Empezó a servirlo con la misma perfección que si estuviera en la corte de la famosa reina Victoria, cuyo nombre llevaba.

Nadie había vuelto a abrir la boca hasta que ella habló nuevamente:

—Más té, ¿señor Wells?

—No, gracias señora, y, por favor, llámeme Jeff. Sólo soy un cadete de la Academia Espacial, muy poco importante.

—¿Más bocadillos de pepino? —le preguntó con una agradable sonrisa. Jeff advirtió que era realmente hermosa.

—Sí, señora.

—Hay más pastas y más mermelada de frambuesa.

Jeff se aprovechó de la buena comida y de la amabilidad de su anfitriona, advirtiendo de paso que Norby se agitaba impaciente y emitía ruiditos como si tuviera dentadura y la hiciera chirriar.

El té pareció haber suavizado a Ivi que dedicó una graciosa sonrisa a su hermano mientras le decía:

—Me alegro de que Wenoa nos haya dejado tomar el té en paz, Boris. Te veo muy raramente. Y estoy *tan* contenta de que fueras tan inteligente de no casarte con ella…

—Si he de confesar la verdad… —dijo Yobo de mala gana mientras se rascaba la cabeza—, fue Wenoa la que decidió que yo no encajaba en sus ambiciones políticas porque estoy demasiado casado con el Comando Espacial. Era incapaz de imaginarme a la zaga de un cargo importante de la Federación, quizá de una Primera Ministra.

—¿Y tú, podrías imaginártelo, Boris?

—Bien… no. Y, Jeff… —añadió el almirante afanoso de cambiar de tema— quiero enseñaros a ti y a Norby nuestro legado familiar más importante… un pedazo de colmillo de elefante tallado.

Ivi movió la cabeza.

—Ya sé que siempre te ha gustado, Boris, pero ¿no crees que nuestra colección de tejidos antiguos africanos es mucho más impresionante? —Y se dirigió a Jeff—. Algunas de las telas son tan perfectas, de un diseño tan

hermoso, que como obras de arte deberían estar en un museo. En realidad, numerosos museos nos han pedido poder exhibirlas.

Pero Yobo ya se había levantado y había sacado un objeto de un armario rinconero. Lo mostró a jeff y Norby.

—Como veis, esto es el extremo de un colmillo de elefante, cortado por la mitad, tallado y pulido. Nuestra tatarabuela lo trajo a Marte cuando decidió establecerse aquí después de dejar su trabajo como cosmonauta.

Una serie de manchas adornaba la parte lisa del colmillo; el lado curvado estaba tallado de tal forma que mostraba unas líneas debajo de las cuales había lo que Jeff tomó por pequeños garabatos.

—Fijaos en el extremo tallado —llamó su atención Yobo—. Siempre nos hemos preguntado si este diseño podía ser árabe, quizás añadido más tarde cuando llegaron otras culturas a África.

En el extremo de la pieza de marfil alguien había tallado lo que parecía una media luna con una estrella en la parte superior.

—Es muy interesante, señor —manifestó Jeff en tono reverente.

—Pero tiene algo que me preocupa —añadió Norby.

—¿Qué? —saltó Yobo.

—No lo sé, señor… Algo.

—¡Piensa, Norby! Cuento contigo.

—Bien, estaba pensando, almirante, que si su tatarabuela era cosmonauta, ¿no volaba con los rusos, o soviéticos, o como sea que los llamaban, explorando el sistema solar, quiero decir?

Al ver que su hermana parecía a punto de explotar, el almirante se apresuró a declarar:

—En la familia Yobo tenemos un cuento acerca del deseo de la tatarabuela según el cual quería que todos los primogénitos masculinos llevaran nombres rusos, pero eso no significa nada, claro, aunque yo me llame Boris…

—¡Mi nieto se llama Martin Lutero King, un antiguo nombre americano muy respetable! —interrumpió Ivi—. Sólo es de lamentar que tenga que llevar también el de Chen. Realmente, Boris, toda esa tontería acerca de los nombres rusos de nuestra familia es un mito que deberías evitar repetir, pienso.

Norby alargó una mano con timidez y tocó sólo un instante el legado.

—Este objeto encierra mucha historia, almirante.

—¡Ah, magnífico! —exclamó éste rebosante de satisfacción—. Precisamente eso es lo que estaba esperando.

Jeff intentaba acabar de tragar la pasta que tenía en la boca para preguntar al almirante qué se suponía que tenía que hacer Norby con el pedazo de colmillo, pero no pudo. La puerta del salón se abrió bruscamente y una voz profunda y tonante, pero extremadamente femenina, exclamó:

—¡Boro! ¡El corazón me late apresurado sólo con verte! ¡Me siento «taaan» apasionadamente complacida de que estés aquí!

El almirante Yobo se puso en pie de un salto, como si un alambre invisible hubiera tirado de él. Su hermana permaneció sentada, con los labios apretados. Norby se cayó del asiento que ocupaba al lado de Jeff cuando éste también se puso en pie.

—«¡Jeff! ¡Me has tirado! ¡Humano torpe!».

—«Lo siento, Norby. Pero cuando entra una Primera Ministra, todo el mundo ha de ponerse en pie».

Jeff llegó a la conclusión de que, vista en persona, Wenoa Grachev era mucho más que una Primera Ministra. Vestida con una túnica de color blanco y negro, se la veía tan hermosa como la propia Isabel Victoria Yobo. Pero, a diferencia de ésta, llevaba consigo una atmósfera electrizante que el hermano mayor de Jeff hubiera reconocido inmediatamente como atractivo sensual. Jeff tragó saliva e intentó saludar.

Wenoa era tan alta y esbelta como Ivi, pero con muchas más curvas. Llevaba el pelo negrísimo sin una sola hebra blanca en melena suelta sin apenas arreglar, lo cual se ajustaba perfectamente a su personalidad y hacía resaltar los rasgos enérgicos de su hermosa faz. La mirada de sus ojos oscuros parecía penetrar hasta los mismos huesos de sus interlocutores. Jeff casi sintió pena por la niña paliducha que había llegado con ella.

—Ésta es mi hija Natasha Bergaard. Lleva el nombre de mi marido escandinavo —Wenoa alborotó el pelo claro de la pequeña y añadió—: Nos sentimos muy complacidos de tener una hija que refleja claramente el tipo físico de nuestros antepasados del norte de Europa.

Ivi soltó un bufido.

El almirante carraspeó.

—Permíteme presentarte al cadete Jefferson Wells y a su robot, Norby. Evidentemente, ya conoces a mi hermana.

En aquel momento un chiquillo entró corriendo y gritando en el salón procedente de la parte de atrás de la casa.

—Lo siento, llego tarde, abuela, pero he ganado el partido —frenó en seco, sonrió apresurado a Ivi y miró a Natasha.

—Mi nieto Martin —Ivi hizo un gesto en dirección al sofá—. Siéntate, Wenoa. Has llegado tarde para el té.

—Ve al jardín con Martin, Natasha —ordenó Wenoa.

Cuando los dos chiquillos se fueron cogidos de la mano, Wenoa se sentó en el sofá que hasta entonces había estado ocupado por Yobo y le estiró de la ropa para obligarlo a sentarse a su lado. Jeff tuvo que ocupar el otro sillón mientras oía como Norby soltaba unas risitas metálicas.

De repente, Wenoa exclamó:

—¡Boris! ¡Pero si tienes en la mano nuestro legado familiar!

3. La marcha

—SEGURAMENTE te refieres a *mi* legado familiar —en la voz de Ivi sonaba una nota peligrosa—. Me gustaría recordarte que este colmillo de elefante fue pasando de cacique tribal a cacique tribal en África, desde tiempos muy antiguos…

—O por lo menos, eso creemos —dijo Yobo en tono de disculpa.

—… a nuestra familia por línea directa hasta la Yobo marciana más famosa, nuestra tatarabuela.

Con un gesto florido, Wenoa sacó un sobre con membrete oficial de su bolsillo.

—Esto os probará…

—¡No agites ningún documento ante mi nariz! —la voz de Ivi no había subido, pero el tono había aumentado varios decibelios—. ¡No creo que mi tatarabuela entregara el legado de marfil de los Yobo a ningún cosmonauta ruso!

—Yo no he dicho exactamente eso… —empezó Wenoa.

—Señoras, ha sido un placer veros a las dos —interrumpió Yobo levantándose de golpe y guardando el discutido legado en un bolsillo de su túnica—. Debo irme. Vamos, Norby, Jeff. Tenemos trabajo.

—¡Pero, Boro, querido, no puedes marcharte! —las largas pestañas de la Primera Ministra se agitaron y el emblema de la Federación sujeto a su túnica se balanceó con su emoción—. ¡Quiero que veas estos documentos!

—Muéstraselos a Ivi que luego me lo explicará todo —replicó Yobo—. Ivi, gracias por el té. Volveremos antes de que acabe el fin de semana.

—¿Con el legado de la familia «Yobo»?

—Ciertamente, ciertamente.

Wenoa protestó:

—¡Boro, espera!

Pero Yobo la besó rápidamente y salió a paso de carga seguido por Jeff sin esperar a oír lo que ella deseaba decirle.

Dos seres humanos masculinos y un pequeño robot galoparon hasta el ascensor, pasaron a toda velocidad por delante del jardín y sólo cuando ya estaban a salvo en el interior de la nave y en el hiperespacio y con Norby a los controles, el almirante se permitió exhalar un suspiro de alivio.

—A salvo —exclamó secándose el sudor de la frente—. Las mujeres importantes me abruman. Especialmente las mayores y supuestamente sabias, como hermanas y Primeras Ministro.

—¿Wenoa Grachev es mayor que usted? —preguntó Jeff como si se tratara de una pregunta inocente.

—Hummm… Las mujeres con mentalidad política siempre parecen más vie… quiero decir más sabias.

Norby guiñó uno de sus ojos posteriores a Jeff mientras mantenía el par delantero fijos en el tablero de control.

—¿A dónde vamos, almirante?

—Todavía no lo sé. Mira otra vez el legado.

—Me parece el mismo de cuando lo he mirado en Marte.

—Sí, pero cógelo nuevamente.

Norby puso un dedo metálico en la superficie curvada del pedazo de marfil.

—No es preciso que lo toque con toda la mano, almirante. Un dedo bastará si lo que usted desea es que me conecte con el objeto. Como no es mecánico ni electrónico, no sé porque quiere que me conecte con él.

—Utiliza todos tus misteriosos talentos para conectarte con el *pasado* de este objeto.

—Difícil pero no imposible —manifestó Norby—. ¿Y para qué?

—Quiero llevar mi holocámara al pasado en el momento en que esta pieza de marfil formaba un todo con el colmillo y con el elefante al cual pertenecía.

Jeff sintió un escalofrío que le bajaba por la espalda.

—El viaje en el tiempo presenta muchos problemas, almirante. Además, no sé como Norby podrá establecer con exactitud el lugar y tiempo de un objeto como éste.

—¡Pues claro que puedo! —Norby chirrió metálicamente—. Soy un robot genial y puedo hacerlo casi todo. Descubriré el elefante. Seguro.

—¡No! —replicó Jeff en tono firme—. El viaje en el tiempo es peligroso.

—Pero sólo Norby puede hacerlo —insistió Yobo—. Siempre me has dicho que es una maquinaria parcialmente alienígena que contiene una partícula de un metal procedente de un universo anterior, o algo por el estilo.

—Sí —corroboró Jeff—. Pero los Otros no aprueban el viaje en el tiempo y, dado que el metal especial que lleva Norby, es la única cosa de nuestro universo que lo hace posible, él y yo intentamos no viajar en el tiempo a menos que sea realmente necesario.

—Los Otros… —Yobo se dio unos golpecitos en la barbilla—. Si no conociera los talentos de Norby, dudaría de la veracidad de vuestras historias acerca de esta misteriosa raza de alienígenas. ¿Son realmente tan perfectos y sabios?

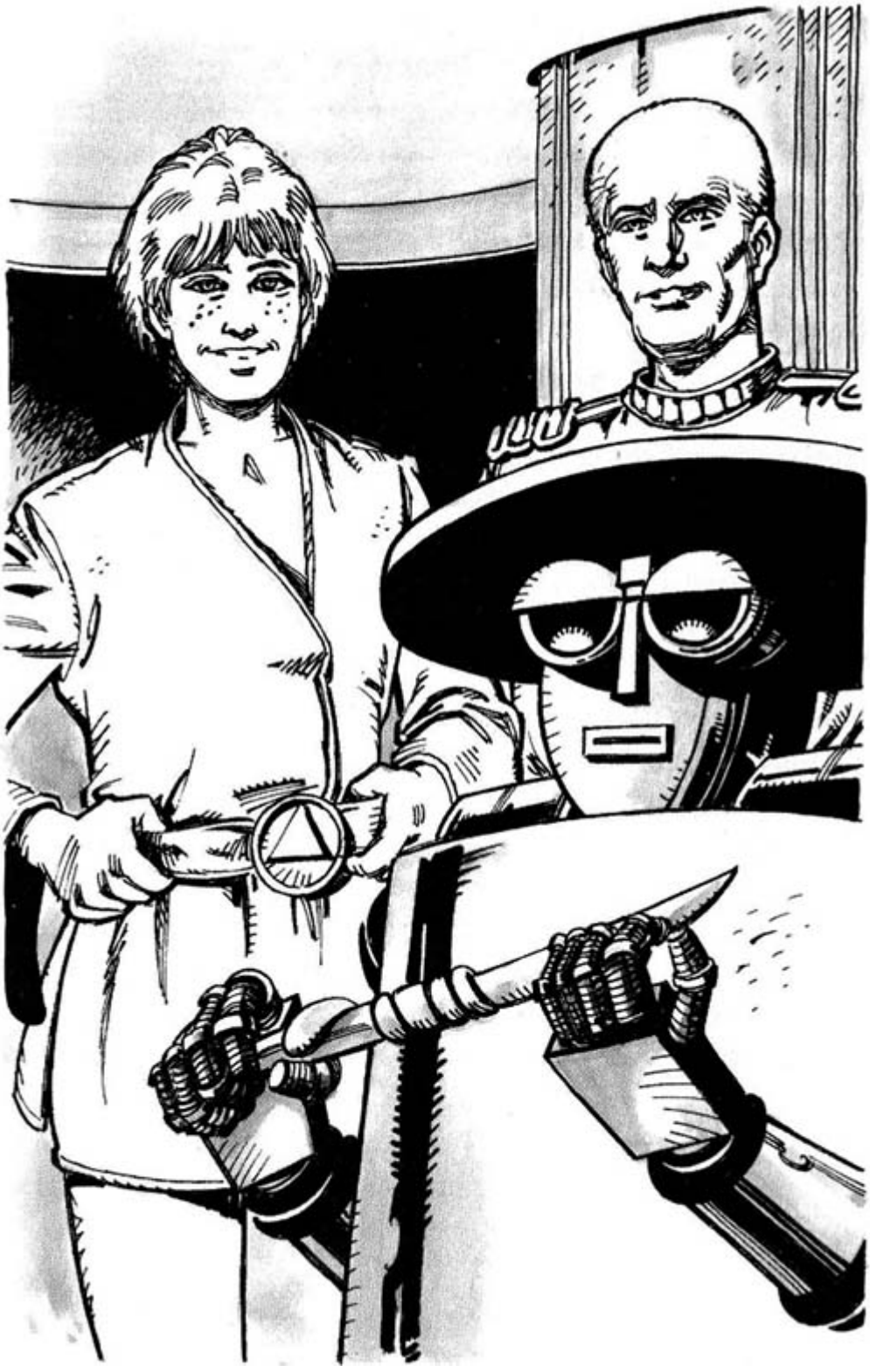
—Lo son ahora —explicó Jeff—. Su civilización es mucho más antigua que la del *homo sapiens*, o de los homínidos, e incluso de los primeros primates. Han vivido durante mucho tiempo y han aprendido mucho. Ahora viven en naves espaciales y no interfieren en las civilizaciones planetarias en desarrollo.

Norby añadió:

—Vosotros, los seres humanos, habéis avanzado hasta la instalación de asentamientos orbitales y habéis colonizado algunos de los planetas, lunas y asteroides de vuestro sistema solar, pero esto apenas es nada comparado con una raza genuinamente espacial como los Otros.

—Por favor, almirante —rogó Jeff—. A los Otros no les gustaría que nos interfiriéramos en la vida de sus antepasados.

—No pretendo interferirme en nada —protestó Yobo—. Sólo pretendo hacer una visita relámpago a través del tiempo y del espacio a la maravillosa sabana africana para fotografiar el elefante que poseía el colmillo que dio origen a nuestro legado familiar. No pienso dañar al elefante ni a la historia. Sólo se tratará de una agradable excursión para llenar un fin de semana largo.



—¿Todo un fin de semana para fotografiar un elefante? —se asombró Norby.

—Hemos de tener tiempo de sobra en previsión de tus errores, Norby, además de la vuelta a Marte para enseñarle la grabación a Ivi… Es decir, a

ella le diremos que se trata de un elefante «parecido» al propietario del colmillo, pero yo sabré que se trata del verdadero. ¿Qué me dices, Jeff? Podría exigirte que ordenes a tu robot que haga retroceder al *Orgullo de Marte* en el tiempo, pero como que se trata de una aventura privada mía, por eso sólo te lo pido. Y no olvides que no es tan sólo una idea mía, sino también la responsabilidad que tengo de lo que ocurra.

—«El problema —pensó Jeff— es que yo también deseo ir».

—«Podría ser divertido» —le comunicó Norby tocándolo.

—Almirante —dijo finalmente Jeff con lentitud—, es cierto que el viaje en el tiempo puede ser peligroso, y que una vez Norby y yo cambiamos la historia de forma muy grave cuando caímos en el siglo dieciocho en Francia[3] y que nos costó muchísimo rehacer el orden establecido de las cosas, Pero también es cierto que la mayoría de las veces no ocurre nada terrible. Sinceramente, no veo cómo pueden cambiar la historia unas cuantas imágenes holográficas de un elefante.

—Yo tampoco —asintió Yobo—. En aquel tiempo el mundo apenas sabía nada de lo que ocurría en el África de mis antepasados. Pero no quisiera que Norby se conectara con el tiempo más reciente del colmillo para no interferimos en los… eh… asuntos de mi tatarabuela.

—¿Entonces es cierto que tuvo algo que ver con un cosmonauta ruso? ¿Y que por eso le dio su nombre a su primer hijo? —preguntó Norby lleno de curiosidad.

—No vengas con chismes, Norby —le ordenó jeff.

—Pero el mismo almirante Yobo lo cree, ¿no es cierto, señor?

—A Ivi le daría un ataque si supiera que los cadetes, aunque sea uno solo, creen que hay sangre rusa ilegítima mezclada con nuestros antepasados —gruñó Jobo.

—Quizá —sugirió diplomáticamente Jeff— sólo fueron unos cosmonautas buenos amigos.

—¿Buenos? —murmuró Yobo—. De cualquier manera él murió en un accidente en una misión a lo y, como siempre recuerda mi hermana, nuestra tatarabuela se casó con toda legitimidad con un pariente lejano, uno de los primeros colonos marcianos. Sin duda nuestra tatarabuela, cuando dio el nombre de Boris a su primer hijo, se limitó a rendir un tributo al camarada caído en el cumplimiento de su deber.

—Claro, señor —dijeron Norby y Jeff al unísono.

—Nuestra tatarabuela se convirtió en un personaje muy importante de la colonia de Marte, como entonces se la llamaba. No sólo fue la que consiguió que el swahili fuera declarado idioma oficial de Marte, sino que fue la matriarca de una gran familia. Creo que mi hermana aspira a parecerse a ella.

—Excepto en lo de mantener una buena amistad con nadie que sea ruso —añadió Norby.

Yobo dio unas palmaditas en el sombrero de Norby.

—Y precisamente ahora una rusa, es un decir, está en casa intentando hacerse amiga de Ivi, o al menos establecer una buena relación. Resultaría divertido que la Grachev estuviera emparentada con nuestra esnob familia Yobo.

Jeff señaló el legado.

—Si la Primera Ministra cree que su tatarabuela lo dio a algún miembro ruso de su familia, tendremos que ser muy cuidadosos con él. Quizá lo que le quería enseñar era alguna carta de amor en la cual su antepasada se refiriera al regalo.

—Ni se te ocurra mencionar «carta de amor» delante de mi hermana. Ya es bastante malo que el tatarabuelo de Wenoa fuera el hermano de un cosmonauta ruso… ¿Pasa alguna cosa, Norby?

—No lo sé —Norby se balanceaba atrás y adelante con los ojos cerrados. De repente, los abrió y parpadeó en dirección de Yobo y de Jeff—. He tocado nuevamente el colmillo del elefante y me preguntaba si podría hallarlo en el pasado…

—¿Te preguntabas? —gruñó Yobo—. ¿Quieres decir que no estás seguro de encontrarlo?

—He dicho que soy un robot genial, pero no he afirmado en ningún momento que sea «perfecto».

—Pero ¿qué ha pasado, Norby? —preguntó Jeff.

—Algo… no lo sé… extraño.

—Almirante —dijo Jeff—, a lo mejor esta aventura no resulte tan idílica.

—¿Entonces no ordenarás a Norby que descubra a mi elefante ancestral? —preguntó plañidero el almirante.

—El elefante no es un antecesor suyo —precisó Norby—. Fue muerto o aprovechado por los antepasados de usted, almirante.

Yobo suspiró,

—En fin… ¡deseaba tanto tener esta pequeña aventura durante el fin de semana! En cambio, tú Jeff, has corrido aventuras tan grandes en tu corta vida, al menos desde que compraste a Norby en aquella tienda de robots usados…

—Tengo que estar de vuelta al término del fin de semana a la Academia Espacial, almirante, y si hay algo que preocupa a Norby…

—¡Pero si es como una excursión! Nada de vida o muerte. ¡Sólo se trata de hacer una peliculita de nada! —Yobo miró airado a Norby—. ¿Y qué es lo que te preocupa, vamos a ver? ¿Se te han cruzado los cables de algún circuito?

—¿O ha sido algo relacionado con el pedazo de marfil? —preguntó Jeff.

—Cuando he tocado el colmillo he tenido la impresión de que el elefante era grande y fuerte; deseaba verlo. Pero creo que había alguna otra cosa que ha alterado levemente mis circuitos emotivos, y no ha podido ser el elefante porque murió hace centenares de siglos.

—¿Entonces, qué ha sido? —preguntó Yobo.

—Como si hubiera algo que intentara tocarme. No le prestaba atención porque estaba reflexionando en cómo ir al pasado sin errores… aunque siempre podríamos volver atrás e intentarlo otra vez si no saliera bien a la primera, ¿no le parece almirante?

—Iremos en la nave y así estaremos más seguros —dictaminó Yobo—. ¿Qué dices a esto, Jeff? ¿No te tienta?

—Sí. Nunca he estado en África, ni en el pasado ni en el presente. Y me gustan los elefantes.

Yobo sonrió y dijo:

—Entonces, adelante…

Pero se interrumpió al ver que, de repente, Norby se cerraba por completo. El sombrero bajó de golpe encajándose en el bidón, mientras brazos y piernas hacían lo mismo. Sólo el alambre de su sensor asomaba en toda su longitud por la ranura del sombrero.

—¡Norby! —gritó Jeff cogiendo al pequeño robot—. ¿Qué pasa?

No hubo respuesta. Intentó establecer contacto telepático, pero el resultado fue nulo.

Al cabo de unos largos minutos, por fin el sombrero de Norby se elevó.

—¡Deja de golpearme telepáticamente, Jeff! Estaba intentando concentrarme en el mensaje.

Yobo frunció el entrecejo.

—Creía que no hay manera de interceptar mensajes cuando se está en el hiperespacio, aún cuando la transmisión se realice por este medio.

—Nunca lo he comprendido —comentó Jeff.

—Bien, si he de confesarlo, tampoco yo —admitió el almirante—. Norby, ¿nos lo puedes explicar?

—¿Explicar el hiperespacio? —Norby extrajo los brazos y señaló la nada gris del hiperespacio que se veía por el visor—. Quizá los filósofos de la Tierra tienen razón cuando afirman que es mejor imaginarlo como el magma original del universo, el todo del cual emerge algo…

—¡Alto! —gritó Yobo—. Nada de discursos filosóficos. Cuéntanos qué es eso del mensaje que has recibido.

—¡Oh! ¿No se lo he dicho? Almirante usted puede hablar el idioma de los Otros puesto que es el mismo de los dragones jaminos. ¿Por qué no escuchan, usted y Jeff?

Y Norby alargó ambas manos a los dos seres humanos.

Con la mano de Norby cogida, Jeff entendió telepáticamente:

—«Siento tu presencia, Jeff, pero hay alguien más extraño para mí».

—«¡Rembrandt!».

Y Norby le dijo a Yobo en voz alta:

—Es el Otro al que conocemos mejor, señor. Jeff le llama así porque es incapaz de pronunciar su verdadero nombre y porque es un artista.

—«Es cierto. Soy el Otro al que llamáis Rembrandt, y mi nave está en el hiperespacio cerca de la vuestra. Hemos detectado su entrada en el hiperespacio, pero como no la hemos reconocido, hemos probado un contacto telepático para averiguar si alguien había imaginado el hiperviaje».

—«Soy yo —dijo Norby—, y ésta es la nave personal del almirante Yobo. Estamos en misión».

—«Me sentiré muy honrado de conocerle, almirante Yobo. Jeff y Norby me han contado grandes alabanzas de usted. Por favor, visite mi nave».

Jeff se dio cuenta de que el almirante estaba tan aturdido como si hubiera recibido un mazazo. Norby le propinó un golpe en la espinilla.

—¿Qué? ¡Oh, sí! —dijo Yobo en jamino después de aclararse la garganta. Jeff había olvidado decirle que, cuando Rembrandt había visitado la Tierra, había aprendido el terrícola básico.

—«Señor —continuó Yobo—, seré yo quien me sienta muy honrado de tener la oportunidad de conocerle».

Tantos intercambios corteses irritaron a Jeff que sospechaba que estaba ocurriendo algo importante.

—«Acaso has estado buscando a Norby a propósito, ¿Rembrandt?».

—«Sí. ¿No te lo ha dicho?».

—«Lo siento Rembrandt —replicó Norby—, pero estaba tan sumido en mis reflexiones intentando organizar la excursión del almirante que no prestaba atención a tus mensajes telepáticos. A veces olvido que, a diferencia de los seres humanos, vosotros, los Otros, podéis comunicaros por telepatía a larga distancia».

—«Sí, pero nos cuesta un gran esfuerzo».

—«¿Tenéis problemas? —preguntó Norby—. ¿Os ocurre algo terrible que precise mi ayuda?».

—«No, Norby. Nada terrible».

Rembrandt hizo una pausa no encontrando las imágenes exactas con las que ilustrar una conversación telepática.

—«Algo no terrible ¿pero bastante malo?» —insistió Norby.

—«En absoluto. Sólo esperaba que tú y Jeff, y usted almirante si lo desea, pudierais hacernos un pequeño favor».

—«¡Naturalmente!» —exclamaron Jeff y Norby.

—«¿Pero qué es?» —preguntó desconfiado Yobo al no conocer a Rembrandt tan bien como Jeff.

—«Quizá pueda explicarlo mejor si vienen a nuestra nave y conocen a mi hermana que ha venido de visita…».

—«¡Su hermana!» —la exclamación mental era de Yobo.

—«Sí. Es ella la que desea el favor, pero primero tendríamos que hablarlo».

—«Entraremos así que haya conectado las portillas» —decidió Norby mientras pestañeaba en dirección al almirante que parecía haberse quedado sin habla.

—«Hasta ahora. Por favor, venid a nuestro salón-observatorio. Mi hermana y yo nos reuniremos allí con vosotros».

Yobo dejó caer la mano de Norby y declaró débilmente:

—Jeff me habías contado muchas cosas de este maravilloso Otro, pero ¡nunca me dijiste que tenía una «hermana»!

—No lo sabía. Pero no se preocupe, almirante. No es humana. Es una alienígena, una de los Otros. Y probablemente tendrá miles de años.

—¡Que suerte tengo! —murmuró Yobo—. Otra mujer mayor…

4. Otra misión

CUANDO entraron en el salón-observatorio de la nave del Otro, Yobo se detuvo estupefacto. Jeff lo comprendió porque incluso a él aquella vasta estancia nunca dejaba de producirle admiración. No sólo por su tamaño, sino por la diáfana belleza de sus líneas curvas y la pared-ventana que en aquellos momentos sólo mostraba la gris vastedad del hiperespacio.

—Almirante, cuando la nave está en el espacio normal, desde aquí puede contemplarse la vista más fantástica de las estrellas, si está en una galaxia, o una isla de ellas si está en el espacio intergaláctico —le dijo Jeff.

—¡El espacio intergaláctico! Imagina las experiencias que estos Otros deben tener mientras viajan por todo el universo —Yobo se dirigió a la pared-ventana y la tocó con suavidad—. No existe tecnología en la Federación que pueda fabricar una ventana como ésta, ópticamente perfecta, de este tamaño y capaz de resistir las presiones del hiperviaje. Esto deja en ridículo la inventada por mí.

Jeff, Yobo y Norby estaban solos en el salón y no habían visto a nadie desde que habían entrado por las portillas.

—No hay ningún sitio donde sentarse —comentó el almirante.

La estancia estaba vacía a excepción de un pedestal que sostenía a una de las esculturas luminosas de cristal de Rembrandt y de un cuadro representando a una madre-dragón, con su cría en los brazos, que colgaba de una de las paredes.

—Contemple primero esta escultura, almirante —dijo Jeff—. Puede verla… sentirla… No estoy seguro. Pero casi cualquier cosa que desee, o que se suponga que desee… No sé…

—Si ésta es la mejor manera que tienes de manifestar tu apreciación por el arte, Jeff, me pregunto cómo te las apañas para aprobar nuestros cursos en la Academia.

Yobo se acercó a la escultura y la estudió de cerca.

—¿Le gusta, almirante? —dijo Jeff.

—No estoy muy seguro de lo que veo —Yobo inconscientemente se expresaba con las mismas vacilaciones que Jeff—. Es extraño… Me produce una sensación placentera, como si la esperanza pudiera ser un rasgo permanente del universo.

Norby tocó a Jeff.

—«Estoy seguro de que la escultura refleja el deseo más anhelado del espectador. ¿Será la esperanza lo que desea Yobo?».

—«Quizá tiene esperanzas de una vida más interesante. Quizá le ha cogido tan fuerte la afición a la holocámara porque se aburre con la existencia que lleva en su puesto de trabajo en el Comando Espacial».

—«O quizá se sienta solo. Ya viste como besó a la Primera Ministra. A juzgar por mis observaciones sobre expertos en besos humanos, como tu hermano, yo diría que el almirante lo hace bastante bien».

Como respuesta a sus meditaciones, Yobo dijo pensativo:

—Me gustaría tener más tiempo para apreciar la belleza en el arte y en la música y… hummm… en la gente. No lo digas a nadie, cadete, pero últimamente no me siento satisfecho con mi trabajo.

—Usted es el mejor almirante en jefe que la Federación ha tenido nunca —declaró Jeff.

Yobo sacudió la cabeza y pareció que los hombros se le hundían.

—Quizá, pero a lo mejor no basta, ¿no te parece? No hace falta que me respondas. Sólo tienes quince años y posiblemente no sabrías qué decir. Y, por supuesto, no estoy sufriendo ninguna de esas crisis llamadas de la edad intermedia, por la sencilla razón de que no he llegado a ella.

—Claro que no, almirante —clamaron a coro Jeff y Norby.

—Lo único que deseo es volver a mis ancestros y descubrir los anhelos de mis antepasados y sus esperanzas, y el sentido que tenían de la belleza que los condujo a tallar este colmillo de elefante. Quiero saber lo que significan los símbolos, lo que mis antecesores deseaban transmitir.

Jeff intentaba decir algo que animara al almirante que parecía muy deprimido, cuando Yobo se incorporó echando fuego por los ojos.

—¿Acaso estos Otros nos van a tener eternamente en vilo?

—Oh, lo siento, almirante —declaró Jeff intentando repetir los gestos que había visto hacer a Rembrandt.

—¡Por todos los universos! ¿Se puede saber que estás haciendo, cadete? ¿Efectúas pases mágicos para hacer aparecer una silla?

—Intento hacer salir una silla del suelo.

—¿Estás loco?

Norby corrió hacia donde se veía un extraño diseño en la pared, cerca del suelo. Hizo salir su alambre sensor y lo introdujo en un diminuto agujero del centro mismo del dibujo.

—¿También Norby se ha vuelto loco? —exclamó el almirante—. ¿O se está recargando?

—Suele recargarse en el hiperespacio y ya lo ha hecho —respondió Jeff—. ¿Qué estás haciendo, Norby?

Con un leve sonido deslizante, dos asientos bajos tapizados de tela brillante surgieron del suelo.

—¡Magia! —exclamó Yobo.

—Tecnología avanzada —corrigió Norby extrayendo el sensor de la pared—. He pedido a Yib que nos facilitara los asientos que necesitan los seres humanos.

—¿Yib?

Jeff se echó a reír y explicó:

—Norby bautizó al ordenador de la nave con este nombre. Dice que significa «cerebro inmenso». ¿Lo has saludado, Norby? Siempre he sospechado que ambos teníais una amistad un tanto particular.

—La tenemos —Norby entornó ligeramente uno de sus párpados y añadió en terrícola básico—: No es demasiado inteligente, pero su circuitería emotiva se inclina en favor mío.

—¡Circuitería emotiva! Otro ser femenino —murmuró Yobo en la misma lengua—. ¡Y pensar que estoy buscando esperanza!

—La esperanza es algo que el universo casi perdió a causa de las mujeres —recitó Norby en su tono más pedante—. He leído relatos míticos.

—¿Ah, sí? —se asombró Yobo—. ¿Y cómo lo hicieron?

Las manos de Norby se unieron en la parte delantera del bidón con los codos alzados. Parecía un gordo profesor en miniatura a punto de dar una conferencia.

—Los dioses griegos dieron a Epimeteo dos dones: Pandora, su mujer, y una caja la cual no debía abrir. Siendo varón, obedeció y no la abrió, pero Pandora sí que lo hizo y soltó a todos los diablos por el mundo.

—Muy mal hecho —comentó Yobo—, aunque era de esperar. Estoy seguro de que mi hermana hubiera hecho lo mismo.

—Y cerraron nuevamente la caja después de la salida de todos los diablos por el mundo; típico de los seres humanos: tomar precauciones cuando es demasiado tarde. Tomemos por ejemplo a vuestros antepasados que casi arruinaron el planeta Tierra antes de establecer asentamientos en otros lugares del sistema solar. Contaminando la atmósfera, el agua, el suelo…

—Norby —advirtió Jeff—, acaba con el relato.

—… usando de forma egoísta productos que agujereaban la capa de ozono, quemando combustibles fósiles que enviaban no sólo contaminantes, sino dióxido de carbono y, a continuación, talando los bosques que purificaban este dióxido de carbono, con lo que crearon un efecto invernadero y, claro está, la sobrepoblación…

—Norby —en la voz de Yobo latía la desesperación—. Me parece que en lo que concierne a la humanidad queda muy poca esperanza.

—Yo acabaré el relato, almirante —intervino Jeff antes de que Norby pudiera continuar—. De la caja cerrada surgió una vocecita que pedía que la dejaran salir. Primero la gente creyó que se trataba de otro diablo, pero, cuando la abrieron, salió la frágil esperanza. Y desde aquel día no importa las desgracias que ocurran, la esperanza sigue existiendo.

—Si insistimos —murmuró Yobo sin advertir que Norby tocaba a Jeff.

—«Jeff, en la versión que yo leí, la esperanza quedaba encerrada en la caja controlada por la humanidad».

—«Prefiero creer que la esperanza está libre al alcance de todas las inteligencias del universo».

Yobo se dejó caer melancólicamente en uno de los asientos.

—¿Acaso los Otros no se muestran porque no confían en mí? ¿O porque creen que traemos bacterias dañinas para ellos? ¿Acaso habrán de fumigar la sala antes de entrar?

—Nada de esto, almirante —respondió Jeff enojado y a la defensiva—. Como ya le he dicho, a los Otros no les gusta salir de sus naves, pero Rembrandt incluso me ha visitado en mi casa de Manhattan[4]. Estoy seguro de que ahora son seres tan evolucionados que sus afecciones sanan automáticamente. Mientras lo decía, Jeff recordaba que durante una de sus aventuras en el pasado, había encontrado un Otro de un tiempo muy

anterior que agonizaba a causa de una enfermedad que su gente no sabía curar.

—Nosotros todos estamos sanos, almirante. Rembrandt también.

La puerta se abrió de par en par y entró Rembrandt. Tenía sólo dos piernas y unos extraños pero verdaderos pies, así que a pesar de sus cuatro brazos, su aspecto resultaba absolutamente humanoide. Y a pesar de los tres ojos que se veían debajo de su cráneo calvo, podía afirmarse que su rostro de expresión llena de bondad y amabilidad también era humano.

—Bienvenidos —saludó en terrícola básico—. Siento haberme retrasado, pero mi hermana es muy tímida.

—¿Ah, sí? —murmuró Yobo bastante aliviado.

—Y usted debe ser el famoso almirante Boris Yobo. Veo que también ostenta la masculinidad característica de los Otros.

Yobo se quedó con la boca abierta hasta que advirtió que el Otro señalaba su cráneo sin pelo.

—Una manera muy superior de llegar a la vida adulta, ¿no le parece Rembrandt? —dijo por fin.

Y los dos calvos se sonrieron orgullosos. Jeff se sorprendió deseando que su propio pelo no fuera tan espeso y tan rizado y tan difícil de peinar.

—Yo tampoco tengo pelo —intervino Norby.

—Es cierto —asintió Rembrandt—. Bienvenido al club, como creo que dicen los terrícolas.

—He estado admirando su obra de arte —dijo Yobo.

—Me gustaría enseñarle una que he empezado, pero sólo está en sus inicios. Estoy haciendo experimentos con una arcilla que, cuando se magnetiza, hace dibujos que pueden controlarse con la mente. Tengo un nuevo… ah… pincel que funciona de manera similar, pero he de practicar mucho antes de atreverme a utilizarlo.

De repente, la puerta se abrió de nuevo y alguien se detuvo en el umbral con la silueta recortada por la luz procedente del vestíbulo. La línea de la cabeza se veía alborotada y, a juzgar por la distancia que había hasta el suelo, debía tener la talla promedio de un ser humano.

—Entra —le dijo Rembrandt en jamino, añadiendo un nombre tan enrevesado que Jeff desesperó de poder pronunciarlo—. Te presento a mis amigos, Jeff Wells, su robot Norby y el almirante Boris Yobo, de Marte.

Ella pareció deslizarse hacia ellos a pesar de tener pies como los de Rembrandt visibles bajo la larga falda de su túnica de un verde iridiscente.

—Bienvenidos —su voz parecía música viva.

Jeff pensó que la hermana de Rembrandt era una de las criaturas más hermosas que había visto en su vida, a pesar de que recientemente había visto dos muy bellas. A diferencia de su hermano, no era calva. El cráneo, el cuello y los hombros los tenía cubiertos por una masa plumosa como de pajarillo plateado. Su rostro menudo muy parecido al de Rembrandt, liso y con tres ojos, tenía una expresión de indefensión inocente y parecía tan joven como el amanecer.

Esta vez Boris Yobo no se levantó como si le hubiesen tirado con alambres, sino lentamente, como si estuviera hipnotizado. Cuando la Otra levantó una de sus manos hacia él, se la tomó con delicadeza y se la besó ligeramente.

—Espero que uno de vosotros, terrícolas, me daréis un nombre que podáis pronunciar —dijo la Otra con una sonrisa radiante.

—A ver… —murmuró Yobo como si no se atreviera a respirar—. Su nombre debería ser el de la diosa griega Euterpe, que significa «la que trae alegría».

—Me siento muy honrada. ¿Cantaba?

—Era la antigua diosa de la lírica.

—«Jeff —dijo Norby telepáticamente—. Me parece que debería llamarla Pandora».

—«No importa, Norby. ¿No te fías de las mujeres hermosas?».

—«Me preocupa Yobo. Es peor que tu hermano».

Rembrandt hizo un gesto y del suelo surgió una mesa.

—Tomaremos algo si gustan. Mi hermana está de visita en mi nave para enseñarme sus últimas creaciones. Normalmente vive en una nave dedicada a las artes musicales.

—Entonces, como la diosa Euterpe, ¿también canta?

Yobo abría los ojos de par en par, como si no pudiera creer en lo que oía.

—Cantaré para todos si lo desean.

Sin moverse del asiento, hizo un gesto hacia el suelo. Apareció un pequeño armario de cuyo interior sacó lo que parecía una lira antigua, salvo que ésta tenía más cuerdas y estaba tallada como un diamante tabla.

Rembrandt tocó a Jeff:

—«Mi hermana es tan tímida que nunca suele cantar delante de extraños. Tu almirante parece que la ha impresionado mucho».

Unos alimentos extraños pero nutritivos llegaron a bordo de una bandeja móvil, pero por una vez, Jeff, a quien le encantaba la comida de los Otros, no les hizo caso. Había quedado con la mirada prendida en Euterpe que con las dos manos superiores templaba las cuerdas y con las inferiores apretaba unas diminutas clavijas del extremo del instrumento. Cuando empezó a cantar, Jeff deseó que no se acabara nunca.

—«¡Es muy peligrosa, Jeff!».

—«¿Eres tú Rembrandt?».

—«¡Soy Norby! Rembrandt está comiendo. Ese ser femenino tiene hipnotizado a Yobo. Parece dispuesto a hacer lo que ella le pida».

—«Es maravillosa, Norby».

—«Jeff, es demasiado vieja para ti y ni siquiera pertenece a tu especie».

—«Ya lo sé. No importa. Nada importa excepto la canción».

La música se interrumpió. A Jeff le pareció que le faltaba algo.

—Por favor, cante más Euterpe… señora.

Ella se dirigió a Yobo.

—Esta composición es mía. Pero me gustaría que escuchara cómo he utilizado la música de su sistema solar. Sus programas de radio, televisión y holoprogramas nos han entretenido durante años. Me encanta la música humana.

—Encantadora —musitó Yobo inclinándose hacia ella como el girasol hacia el sol.

—«Jeff, come algo. Eres un chico que crece y has de alimentarte y hoy no has comido. Sólo has tomado el té Victoriano de Ivi».

—«Norby, deja de atosigarme. Está bien, comeré algo».

Jeff logró engullir algo mientras la fascinante Euterpe tocaba y cantaba lo que parecía un ensayo musical de la evolución de la música humana de cada rincón de la Tierra. Podían reconocerse fragmentos de Bach, Beethoven, Gershwin, Boulez, los famosos Ying del siglo anterior y algo de alguien cuya última sinfonía pasaba por ser una obra maestra cuyo nombre no podía recordar.

Jeff advirtió que, gradualmente, había más música que llenaba la estancia aparte de la que producía los dedos y la garganta de Euterpe.

—Era Yib que también tocaba —le informó Norby cuando la pieza terminó, aunque para Jeff era como si sólo se hubiera interrumpido y tuviera que recomenzar nuevamente.

Euterpe hizo un signo de asentimiento.

—He enseñado a Yib, como vosotros llamáis a nuestro ordenador, toda la música que conozco. Así contribuye a esta composición que quiere ser un homenaje a toda la música humana y a su enorme diversidad.

—¿Éste ha sido, realmente, el final de la composición? —preguntó Jeff.

—El fin llegará cuando la historia humana termine, y espero que no ocurra hasta que el universo haya envejecido y se halle a punto de morir. Y los Otros que me sigan estudiarán la música humana durante todas nuestras vidas porque ¡hay tanto que aprender!

—Ha sido muy hermoso —afirmó Yobo—, pero me parece que ha empezado muy adelante en el tiempo. Debería haber incluido la música de las llamadas erróneamente culturas primitivas porque no eran tecnológicamente avanzadas. Poseían una civilización madura en arte, poesía y música, gran parte de la cual ha sido registrada y estudiada.

—¡Ah, usted me comprende! —exclamó Euterpe inclinándose hacia él—. Estoy intentando incorporar este tipo de música a mi composición, pero me gustaría mucho más conocer la anterior, antes de que los seres humanos la registraran o ni siquiera la escribieran. En su planeta, fueron los seres humanos los que inventaron la música, ¿verdad?

—Oh, no —intervino Jeff olvidándose de la cortesía—. Muchos pájaros cantan canciones complicadas y también lo hacen las ballenas.

—Ella tiene razón —aseguró Yobo sin apartar su mirada arrobada de Euterpe—. Sólo los seres humanos y quizá los homínidos poseyeron la inteligencia suficiente para componer canciones distintas a través de simbolismos y significados diferentes.

—Creo que las ballenas también lo hacen —insistió tozudo Jeff.

—Además —terció Yobo clavando una mirada irritada en Jeff—, nosotros los humanos somos más inventivos. Los chimpancés, nuestros parientes más cercanos, usan palos, hojas y piedras, pero sólo el *homo habilis* fue el primero que fabricó una herramienta permanente cuando pulió las piedras. ¡Y el primero en fabricar instrumentos musicales fue el *homo sapiens*!

—O sea, la especie suya y la de Jeff —intervino Rembrandt con un brillo divertido en los ojos—. Por favor, coma, almirante.

Yobo miró fijamente el líquido púrpura y las pastas de color verde como si tuvieran algo sospechoso.

—Se dice que la música es el alimento del amor —murmuró, pero Euterpe le alargó una bandeja de pastas y no tuvo otro remedio que coger unas cuantas.

—Me gustaría —dijo Euterpe— que vosotros, humanos, pudierais viajar al pasado de la Tierra para grabar música antigua para mí.

—¡Ah!… —exclamó Yobo con la boca abierta de placer—. ¿Era ése el favor que nos quería pedir? La respuesta, naturalmente es ¡sí!

—Esperad —dijo Rembrandt alzando el par inferior de brazos—. He estado discutiendo este tema con mi hermana. Hace mucho tiempo que, nosotros, los Otros, nos desembarazamos del metal alienígena que permitía viajar en el tiempo porque era demasiado peligroso. Ahora sólo Norby tiene esa capacidad y, según tengo entendido, sus aventuras en el tiempo nunca fueron motivadas por razones frívolas.

—Bucear en la historia de la música no es ninguna cosa frívola —replicó Euterpe con la voz cortante como el hielo. De repente le sonó a Jeff como las voces de Wenoa Grachev y de Ivi Yobo—. Tú eres una clase de artista, hermano, y yo lo soy de otra. No pido a nuestros huéspedes que lleven a cabo nada peligroso ni para ellos ni para su especie.

Rembrandt se encogió de hombros.

—¿En vuestro sistema solar, los músicos también son tan tozudos?

—No es posible negarle nada a un músico tan hermoso —declaró Yobo en el mismo tono que un caballero medieval obedecería la petición de su reina—. De todas maneras, nos proponíamos viajar hacia atrás en el tiempo para fotografiar al animal más importante de la historia de los Yobo. Colocaremos nuestra nave en posición de antigravedad por la noche y grabaremos la música que se cante en el pueblo de mis antepasados.

—Me emociona sólo pensar que la podré oír —manifestó Euterpe.

—«Ya nos han metido en el lío, Jeff —dijo Norby—. Procura sacar de aquí al almirante antes de que tengamos que quedarnos a comer otra vez, o vuestro largo fin de semana habrá terminado antes de empezar el trabajo que nos han destinado… que *me* han destinado».

5. Vuelta al pasado

DE RETORNO a la nave, Yobo no cesaba de hablar de Euterpe.

—¡Que ser tan maravilloso! Me hubiera gustado describirle los elefantes aunque, sin duda, habrá visto imágenes de ellos en las ondas electromagnéticas que hemos estado enviando al espacio durante siglos.

—Y los ha estado viendo durante «siglos», almirante —añadió Norby dando un codazo a Jeff.

Yobo desechó el comentario con un gesto negligente de la mano.

—Deseaba explicarle que el elefante africano, el *Loxodenta africana* es la especie animal viviente más grande de la Tierra. Jeff, apuesto a que no sabes cual es el animal que le sigue en volumen.

—¿El hipopótamo?

—Te equivocas, cadete, pero por poco. Los hipos son la tercera especie más grande. La segunda es el elefante asiático, el *Elephas maximus*. La mayoría de la gente olvida que ambos ejemplares pertenecen a especies distintas.

—Me he quedado boquiabierto —comentó Norby—. Y ahora, deme ese legado si desea que me conecte con el ambiente en el cual vivió el elefante.

—Cuidado, Norby —recomendó Jeff sin poder evitar sentir una gran excitación ante el solo pensamiento de ver un auténtico elefante salvaje africano. Hasta entonces sólo los había visto en los parques zoológicos.

—Apresúrate —dijo Yobo mientras tocaba un pequeño instrumento sujeto a la túnica africana que se había puesto—. Estoy seguro de que no hay peligro de que cambiemos la historia por grabar unas cuantas imágenes o unos fragmentos de música con uno de estos pequeños instrumentos que me ha dado Euterpe. Son sorprendentes. Registran automáticamente cualquier música. Tendremos que tener cuidado con

nuestras canciones del Comando Espacial, especialmente las no autorizadas que os gustan a los cadetes…

Jeff sonrió.

—¿Y si sus antepasados resultan ser unos salvajes… o unos caníbales?

—¿*Mis* antepasados, caníbales? —Yobo parecía a punto de explotar hasta que soltó un ruidoso bufido—. ¡Ah! Soy demasiado grande para caber en ninguna olla y te aseguro que les voy a dar trabajo si pretenden meterme en alguna. Además, Norby puede ayudarnos a escapar con su antigravedad…

—Sí. Me los llevaré. Pero recuerde que, si tengo que huir al hiperespacio, en mi burbuja protectora no cabe más que uno.

—En realidad no te necesitaríamos —añadió Yobo muy animado—. Si nos vieran mis antepasados, yo pretendería ser un mago ambulante provisto de un bidón con poderes mágicos…

—¡Almirante! —Norby emitió unos chirridos agitados—. ¡No podemos permitir que nadie de sus ancestros nos vea!

—… y Jeff será un esclavo al que yo habría capturado en mis viajes al lejano norte…

—¡Oh! Espero que de verdad sea una *pequeña* aventura… —murmuró Jeff para sí mismo.

—¿Cómo puedes saber con seguridad que has retrocedido en el tiempo y en el espacio, Norby? —preguntó Yobo mientras miraba por el visor. El planeta Tierra era muy hermoso visto desde el espacio, pero el lado que estaban mirando estaba tan cubierto de nubes que resultaba muy difícil adivinar lo que había debajo.

—No lo sé. He retrocedido. Eso es todo.

—¡Un continente! —exclamó Jeff— África, Europa… Nos hallamos justo en el litoral del Atlántico y las masas de tierra parecen tener la misma forma que las de nuestro tiempo. Eso significa que no hemos retrocedido demasiado, cuando toda la tierra estaba formada por un solo continente, el llamado Pangea, antes de la aparición del ser humano.

—Pero, Norby —insistió Yobo—, ¿cómo sabes que has retrocedido lo suficiente?

—Soy un genio eficiente. Usualmente. Además, desde el hiperespacio, hemos llegado al lado oscuro del planeta. ¿Habéis visto alguna luz?

—Tienes razón —admitió Yobo—. Excelente, Norby. Esto significa que mi elefante ancestral vivía cuando mi tribu era joven, evidentemente antes del invento de la luz eléctrica. Los Yobo son una familia muy antigua. Dicen que la tatarabuela se sentía muy orgullosa de descender de los reyes de estas tribus. ¡Bajemos a África!

—No podemos encontrar a su elefante de esta manera —repuso Norby—. Primero he de conectar nuevamente con el legado. Si el colmillo existe en estos momentos en la Tierra, sentiré un enorme tirón de este pedazo al intentar unirse con el resto. Yo le seguiré hasta que vuelva a juntarse con el colmillo del elefante que presumiblemente lo lleva en estos momentos.

—¿Y después cómo lo recuperaré? —preguntó horrorizado Yobo—. ¡No imaginaba que sería de este modo! Ivi me matará si no vuelvo con el legado. Y además, si Wenoa tiene alguna carta que prueba que el legado pertenece al hermano de su tatarabuelo, tendré que entregárselo.

—El legado puede reaparecer una vez abandonemos este periodo de tiempo —declaró Norby.

—Pero ¿y si no aparece?

—Las paradojas del tiempo son muy peculiares. A pesar de que soy un genio, nunca las he comprendido del todo.

Yobo soltó un lamento.

—Tengo que reflexionar.

Jeff tocó a Norby:

—«Esto arruinará el fin de semana del almirante. ¿No podríamos hacer algo?».

Norby cogió el legado de manos del almirante y lo sostuvo durante un minuto.

—¿Hay alguna caja éxtasitransparente a bordo? —dijo mientras le devolvía el legado.

—Creo que sí.

—Vamos a guardarlo en ella y así lo dejaremos en la nave. Creo que ya he localizado al elefante, señor. Bajaremos con la holocámara.



Yobo halló la caja, guardó reverentemente el pedazo de colmillo en su interior, la cerró y la puso en la caja fuerte de la nave.

—«Norby, eso no garantiza que el legado no desaparezca cuando nos acerquemos al elefante».

—«Ya lo sé, pero es lo máximo que puedo hacer, Jeff. Por otra parte, si el legado tuviera que desaparecer con la aparición del elefante, ya lo hubiera hecho… a menos que no sea éste el tiempo correcto».

—¡Bien! —exclamó Yobo—. Ya estamos a punto. Hipersaltemos desde aquí a la parte baja de la atmósfera terrestre y colocaremos la nave en antigravedad, encima del elefante. Quizá el animal nos tomará por otra nube y no nos hará caso.

La vista de la distante Tierra desapareció sustituida por el gris del hiperespacio que, casi de inmediato, cambió a un gris distinto, evidentemente el de una nube espesa.

—Ideal para ocultar la nave —comentó Norby—. Siento al elefante muy cerca.

Yobo estrechaba nerviosamente la holocámara.

—Apenas puedo esperar a grabar las imágenes…

—No creo que deba ir usted, almirante —manifestó Jeff que, de pronto, se sintió extrañamente aprensivo—. Norby puede fotografiar al elefante con mucha mayor seguridad.

—¡Quiero tomar yo mismo las imágenes de mi elefante y no a través del visor de una lente telescópica! Deseo respirar el mismo aire que mis antepasados ¡e incluso oler al animal!

—Pero almirante…

—Por favor, Jeff, sólo porque a ti no te interesan tus antepasados…

—Los míos están demasiado mezclados —respondió Jeff—. Podríamos bajar todos. Norby lo puede sostener por el torso y yo iré colgado de sus piernas. También llevo uno de los instrumentos de Euterpe con el que podremos grabar la música que haya, si hay alguna. Como mínimo tendremos los barritos, que son los berridos característicos del elefante, y sabremos cómo son los ronquidos de su estómago.

—¡Muy divertido! —comentó Yobo dando unas palmadas en la espalda de Jeff—. Estás tan emocionado como yo y por eso no quieres quedarte atrás, ¿no es cierto, cadete?

—Claro, almirante.

En parte era cierto, pero Jeff sentía que tenía que cuidar de Yobo que se estaba comportando como un chico arrastrado por un entusiasmo inconsciente.

—Muy bien —declaró Yobo dirigiéndose a la portilla—. Pero no me mováis en el aire. Esta holocámara toma imágenes en fracciones de

segundo, pero quizá podríais estropear la filmación. Vamos. Quiero ver a mi elefante.

Norby sacó a Yobo por la portilla y lo sostuvo en el aire para que Jeff pudiera colgarse de las piernas del almirante.

—Nuestra imagen sí que debe ser original —comentó Yobo.

—Esperemos que la nube nos oculte hasta que encontremos al elefante —dijo Norby.

Era imposible ver nada. Norby descendió lentamente como si buscara la dirección de la otra mitad del colmillo. A Jeff le parecía que se movían dentro de una sopa espesa.

—Me parece que siento al elefante —dijo Norby—… o al colmillo. Su legado, almirante, en estado natural por así decir. Está en… ¡epa!

—¡Ay! —exclamó Jeff—. ¡Me he golpeado contra el suelo!

—Suéltame las piernas, Jeff, para que pueda bajar.

Jeff soltó al almirante y lo ayudó a que tuviera un aterrizaje mucho más suave que el suyo propio.

—¿Dónde está mi elefante? —protestó Yobo—. ¡Con esta maldita lluvia no veo nada!

—Así no podrá fotografiarlo, ¿verdad? —preguntó Jeff—. En ese caso, podríamos volver otra semana…

—No tengo una semana, cadete. Tengo *ahora* un largo fin de semana.

—Quiero decir que Norby puede trasladarnos en el tiempo…

—Claro, cadete, pero esta holocámara también puede tomar imágenes a través de la lluvia si ajusto esto… Ya está.

Tomaré unas artísticas imágenes a través del agua y, más tarde, las repetiremos con sol. Mientras, fotografiaré el entorno… ¿Has oído alguna cosa?

—Parece un trueno —dijo Jeff al oír un estruendo sordo algo cerca—. Pero no he visto ningún relámpago.

Como si la naturaleza lo hubiera escuchado, se produjo un estallido lumínico que tiñó de luz plateada el color plomizo de la lluvia que caía, seguido casi de inmediato por un trueno tremendo que pareció sacudir el suelo.

Jeff que había estado mirando a Norby y al almirante, estaba seguro de que ellos no habían gritado y, sin embargo, había oído un chillido. Debía proceder de atrás.

—¡Jeff! —dijo Yobo— ¡Mira detrás tuyo! He visto una criatura corriendo hacia nosotros, pero el relámpago me ha cegado y, con esta lluvia tan espesa, apenas puedo ver nada. Y eso que estamos en el lado iluminado del planeta.

Jeff se dio la vuelta y a duras penas pudo ver lo que parecía una pequeña figura que avanzaba torpemente entre los chorros de lluvia. La criatura lloraba aterrorizada, al parecer no sólo por el espanto de la tormenta, sino por algún dolor. Parecía que cojeaba.

—¡Aquí! —gritó Jeff—. ¡Ven aquí!

Se oyó nuevamente aquel trueno amenazador. La criatura intentó correr pero no podía. Un nuevo relámpago iluminó el escenario y dibujó su silueta contra una masa enorme que por detrás se le abalanzaba encima en medio de otro sonido atronador.

—¡Es su elefante, almirante! —gritó Norby—. ¡Use la holocámara!

Jeff, que corría para salvar a la criatura, resbaló en la hierba mojada antes de poder sujetarla y cayó al suelo. Horrorizado, vio como los colmillos de la bestia golpeaban violentamente el cuerpecillo menudo.

Yobo llegó corriendo a una velocidad que Jeff jamás le hubiera supuesto, cogió la criatura y, sin disminuir la rapidez, retrocedió hacia Norby.

—¡Corre, Jeff! ¡Hemos de salir de aquí! —gritó Yobo—. Norby, ayuda a Jeff…

Demasiado tarde. Jeff ya se había incorporado, pero antes de que pudiera echar a correr o que Norby se lo llevara, se oyó el característico barrito del elefante y, en medio de la lluvia, una mole inmensa cayó sobre él y una especie de tronco inmenso se le enroscó en el cuerpo.

Sin darle tiempo a gritar, Jeff se sintió alzado y lanzado hacia atrás, contra una cabeza maciza, mientras le envolvía un aliento caliente y veía un par de enormes colmillos a ambos lados de su cuerpo.

6. El desastre

AUNQUE el diluvio de agua que le caía por el rostro, le inundaba ojos y oídos, Jeff oyó el grito de Norby:

—¡Allá voy, Jeff! ¡Te sacaré de ahí! —Norby se elevó con su antigravedad y le tiró del brazo esforzándose en sacarlo del abrazo de la trompa del elefante. Pero como éste no lo soltaba, Jeff tuvo que desasirse del robot.

—Se me descoyuntará el brazo —logró jadear.

Norby hizo salir su sensor.

—Procuraré atizar una descarga eléctrica a este monstruo —dijo—. No tengo tanta energía como para hacerle daño, pero lo intentaré. La sensación puede impulsarle a soltarte.

—¡Date prisa! ¡Me está aplastando! Y no me gusta nada la expresión de sus ojos…

Norby bajó y le aplicó el sensor al extremo de la trompa. El animal dio una sacudida brusca, pero no aflojó la presa.

—¡Golpéalo, Norby! —gritó Yobo—. ¡Golpéalo y déjalo sin sentido!

Norby bajó en barrena directo a la maciza cabeza situada detrás de Jeff, pero el animal soltó un berrido horrendo y sacudió la testa hacia arriba, presto a ensartar aquella especie de bidón con sus afilados colmillos. El extremo de uno de ellos chocó contra el cuerpo plateado de Norby con un chasquido como el de un tambor que de repente se perforara.

El extremo del curvado colmillo de marfil cayó contra el pecho de Jeff. Éste asió rápidamente el fragmento y, casi sin proponérselo, lo usó como daga golpeando con todas sus fuerzas la trompa que lo aplastaba.

Norby se acercó nuevamente volando y volvió a tirar del brazo de Jeff y después de sus hombros. Pero fue en vano. La fuerza de la trompa no cedió.

Jeff continuaba golpeando sin descanso con el pedazo de colmillo pero la gruesa piel que, bajo la lluvia parecía extrañamente reluciente y resbaladiza, no sentía los impactos.

El relámpago brilló de nuevo cegador, el trueno retumbó… y la bestia también. Jeff sólo esperaba que no se le ocurriera alzar la trompa y lanzar la presa humana contra las rocas cercanas.

—¡Haz algo, Norby! —sonó más autoritaria que nunca la voz de Yobo. Jeff no podía verle.

—¡Hago lo que puedo! Jeff, creo que tendré que elevar a este monstruo con mi antigravedad y luego dejarlo caer de golpe para que te suelte.

—No puedes… Romperías las patas del elefante ancestral del almirante —procuró gritar Jeff a pesar de la presión de la trompa que le aplastaba el pecho. Y lo peor fue que la lluvia arreció y casi no podía ver a Norby.

—¡Norby! —gritó Yobo—. ¡Salva a Jeff! Esta criatura está malherida. Está sangrando… Creo que es una niña. ¡Mata al elefante si no tienes más remedio!

—Tengo el permiso del almirante para matar al elefante, Jeff, pero no estoy seguro de que no resultes herido cuando caiga. Voy a dejar caer mi cuerpo con toda mi fuerza contra su cabeza y, si no logro hacerle perder el sentido, os trasladaré en el tiempo a un bonito zoológico donde puedan inyectarle un tranquilizante… excepto que, en ese caso, ya estará muerto, porque no cabe en mi burbuja protectora cuando viajemos por el hiperespacio, de manera que será mejor que lo mate ahora.

—¡Norby! ¡Deja de charlar y salva a Jeff! —gritó Yobo.

Mientras Norby volaba hacia lo alto para caer con mayor fuerza, la bestia se puso a barritar de nuevo furiosa y a sacudir rabiosa la cabeza arriba y abajo, golpeando cada vez a Jeff contra el suelo. En cada descenso, Jeff veía las macizas patas que se acercaban más y más a Yobo y, en cada sacudida, veía a Norby caer en barrena contra la cabeza del animal, pero los golpes sólo servían para aumentar su rabia. La bestia siguió sin soltar a Jeff.

—Cógeme de la mano, Norby. Intenta nuevamente sacarme de la trompa y, si no puedes, tendrás que levantarnos a los dos y dejar caer al elefante sin excesiva fuerza, lo suficiente para atontarlo sin dañarme.

Norby halló su mano pero no hubo manera de sacarlo de la prisión de aquella trompa. En medio de la cortina de agua, Jeff atisbo los ojos velados de ira del animal y recordó que los proboscídeos tenían pestañas hermosas. En aquellos instantes, sin embargo, las de aquel elefante no se lo parecieron.

Un nuevo relámpago iluminó el escenario y Jeff, asido inútilmente con una mano a Norby y con el pedazo de colmillo en la otra, vio a Yobo enfrente mismo de ellos sosteniendo el cuerpo inanimado de la niña.

—No sé si mi antigravedad tendrá la suficiente fuerza para levantar este monstruo —estaba comentando Norby—. Además, no le encuentro las orejas para sujetarlo.

—¡Norby! —gritó Yobo—. Deja eso. ¡Ven aquí y haz todo el ruido que puedas y agita los brazos y piernas en el aire!

—¡Almirante, el animal viene hacia usted! ¡Le aplastará! ¡Corra! —logró gritar Jeff.

El almirante no se movió mientras Norby soltaba a Jeff y volaba hacia adelante.

—¡Grita, maldita sea! —bramó Yobo.

Como los brazos y piernas de Norby eran dobles, no tuvo que girar en el aire para plantarse ante las narices del animal y emitir un chillido metálico y ensordecedor, mientras agitaba enloquecido sus extremidades.

Jeff y Yobo también gritaron. La bestia se detuvo asombrada, pero los anillos que aprisionaban a Jeff aumentaron su fuerza hasta casi cortarle la respiración. Durante unos segundos todo pareció inmovilizarse, como si se tratara de una cuadro que Jeff contemplara a través de la cortina de agua. Desesperado, volvió a golpear la trompa con el pedazo de colmillo.

Casi de inmediato, oyó un bramido. Era Yobo que gritaba a voz en cuello:

—¡Alto!

Aquella voz jamás había dejado de infundir el terror no sólo en los corazones de los cadetes, sino en los de todo el mundo que trabajaba en el Comando Espacial.

Yobo entregó la niña a Norby y avanzó en medio de la lluvia hacia Jeff.



—¡Cuidado almirante! —exclamó éste con voz ahogada.

—¡Booo! —gritó el almirante agitando los brazos como si estuviera ordenando un ataque en toda regla.

Jeff se sintió transportado tres pasos hacia atrás. Yobo avanzó.

—¡Y ahora escucha! —gritó de nuevo. De la garganta del almirante surgió el rugido de león más estruendoso y temible de todos los que Jeff había escuchado en la famosa colección de sonidos salvajes del almirante. La trompa aflojó el cerco alrededor de su cuerpo y lo dejó caer al suelo. Mientras rodaba vio como el cuerpo enorme del animal retrocedía en medio de la lluvia sin dejar de mirarlos.

—¿Estás bien, Jeff? —preguntó Yobo.

—Sí, señor. Gracias. Hace muy bien el león.

—Espero que mis antepasados se sientan orgullosos de mí. ¿Qué es eso que tienes en la mano?

—El extremo inferior del colmillo del elefante. Lo he estado usando como daga.

—¡El colmillo! ¿El *mismo*?

—¡Almirante! ¡Jeff! —Norby acudió volando bajo la lluvia—. Esta niña está inconsciente. Creo que se está muriendo.

—¿Y qué podemos hacer? —se preguntó Yobo—. Quizás el animal ya la había herido y nosotros hemos sido únicamente una interrupción, cuando en la historia verdadera ha de morir.

Jeff veía la nuca de la criatura cubierta con una espesa mata de pelo negro. El resto del cuerpo estaba cubierto por un extraño vestido de color oscuro empapado de lluvia y sangre. Era tan pequeñita que probablemente hacía poco que había aprendido a caminar.

—No podemos dejarla morir —declaró—. Hemos de aceptar el riesgo de cambiar la historia. ¿Tiene un botiquín de primeros auxilios en su nave, almirante?

—Sí, pero no basta para una cosa tan grave como ésta. Y si Norby nos sube a todos para ir a buscar ayuda, esta niña puede morir antes que consigamos asistencia médica.

—Entonces será mejor que Norby la lleve directamente a Rembrandt —decidió Jeff—. Los Otros tienen recursos para sanar todas las especies. Una vez curada, Norby la puede traer al mismo momento que se fue, es decir justo después. A continuación la llevamos con su pueblo y nos vamos.

—¿Y por qué a Rembrandt? ¿Acaso los médicos del Comando Espacial no son lo bastante buenos? —preguntó Yobo.

—Sí. Pero se enterarían de que yo puedo viajar en el tiempo —intervino Norby—. Y Rembrandt ya lo sabe.

—Además —añadió Jeff—, los médicos del Comando Espacial quizá desearían quedársela y Norby no podría devolverla a su tiempo.

—De esta forma puedo devolverla al momento exacto y vosotros dos no correréis peligro —puntualizó Norby.

—De acuerdo, Norby. ¡Ve! —Jeff dijo adiós con la mano mientras el pequeño robot desaparecía y era sustituido por otro relámpago. El trueno que le siguió pareció menor en intensidad que los anteriores y sonó mucho más lejano.

—La tormenta cede —comentó Yobo—. Me gustaría saber donde ha ido el elefante. Vamos a averiguarlo.

—No me gusta nada su elefante ancestral, almirante, y mucho menos su trompa.

—¡Pero yo necesito contemplarlo!

—Creo que será mejor que permanezcamos aquí a la espera del regreso de Norby.

—Si tu precioso robot fuera tan eficiente como dice, ya estaría de regreso *ahora mismo*.

Yobo tenía razón. Jeff empezó a preocuparse.

—¿Y si Rembrandt no puede hacer nada porque la niña ya haya muerto?

—De cualquier manera, Norby ya debería estar de regreso —Yobo echó una mirada a través de la lluvia que se había convertido en un ligera llovizna—. ¡Aquí está!

De repente, el suelo tembló como bajo un terremoto. Jeff se volvió y quedó helado de espanto. Por primera vez podía contemplar con claridad al animal ¡que corría a toda velocidad hacia ellos!

—¡Jeff! ¡Huye por aquí!

Giró e intentó echar a correr, pero algo poderoso le recogió como la pala hace con la nieve. Los enormes colmillos lo lanzaron contra la trompa que, esta vez, no se le enroscó en el cuerpo y fue lanzado por los aires.

Cayó sobre el colmillo roto. Berreando furioso, el animal siguió hacia adelante mientras apartaba a Yobo como si se tratara de una pluma.

Jeff sintió como si se le partiera el costado. Intentó desde lo alto del colmillo dejarse caer al suelo, pero advirtió que en ese caso lo aplastarían las poderosas patas. Colgando, se aferró con todas sus fuerzas, pero el elefante berreó de nuevo, se detuvo y, sacudiendo la cabeza, lo mandó por los aires como si se deshiciera de una cosa molesta.

Jeff dio varias vueltas de campana mientras caía, presintiendo su muerte cercana al proyectarse contra las rocas y los árboles del acantilado cercano.

Afortunadamente, golpeó contra una masa fría de agua que se cerró sobre su cabeza.

7. El poblado

A pesar del terrible dolor que sentía en el muslo, braceó hasta asomar la cabeza fuera del agua. Estaba en un río de aguas mansas, y cerca, más abajo, se veía un fragmento de costa. Tuvo suerte de que tan cerca del acantilado fluyera aquel río. La lluvia había cesado por fin y un arco iris adornaba la orilla más alejada del río.

—¡Jeff! ¡Ya vengo!

Alzó la vista y vio a Yobo de pie sobre el acantilado.

—¡Intentaré nadar hacia allá, almirante! —gritó Jeff señalando hacia un declive en la orilla desde donde le sería más fácil trepar.

Intentó el crol, pero el muslo le dolía tanto que le resultó imposible. También intentó la braza, cuando en aquel momento advirtió que en su mano todavía sostenía el pedazo de colmillo.

—¡No, Jeff! ¡No nades río abajo! ¡Espera!

Yobo se lanzó al agua desde el acantilado y emergió al lado de Jeff que casi resultó ahogado a causa de la ola que levantó el corpachón del almirante.

Sumergido de nuevo, no soltó el colmillo. De alguna manera intuía que no debía dejar que el río se lo llevara, ni soltarlo para salvar la propia vida. Sentía como si el pedazo de marfil fuera un lazo misterioso que lo mantuviera unido a su propio mundo.

Yobo llegó hasta Jeff, lo subió a la superficie y, tumbándolo de espaldas sobre el agua, lo sujetó con ambas manos por la cabeza y se dirigió nadando hacia tierra impulsándose con las piernas únicamente.

Por fin llegaron hasta una pequeña superficie de tierra lamida por las aguas tranquilas, al pie del acantilado, del cual arrancaba un estrecho sendero que ascendía en zigzag.

—Río abajo es peligroso —comentó Yobo mientras ayudaba a Jeff a recostarse—. Es el lugar donde va a beber la manada. En medio de la

tormenta hemos ido a parar al sendero que usan los elefantes y esto les ha irritado. Me imagino que la niña se perdió con la lluvia y le ocurrió lo mismo.

Jeff casi se había olvidado del dolor cuando divisó río abajo las inmensas moles que caminaban por el pisoteado sendero. Los adultos lanzaban berridos para asustar a una bandada de patos, mientras las crías, metidas en el río, se bañaban felices echándose agua con las trompas.

—Almirante, las aguas del río son demasiado frías y estos elefantes no parecen…

—Ese Norby tuyo debería haber vuelto hace rato —gruñó Yobo—. Pero no te preocupes, Jeff. Yo cuidaré de ti.

—¡Almirante! Mire esos elefantes. Tienen el pelo largo… y su forma no es…

—No te preocupes de los elefantes, Jeff. ¿Estás malherido? ¿Algo en el río te ha dañado? Algunos de esos peces parecen muy grandes.

—El muslo… me parece que me lo ha corneado —dijo Jeff señalándolo con el pedazo de colmillo. Se echó a reír—. No lo he perdido, almirante. Podría ser su legado.

Yobo gruñó nuevamente mientras rasgaba la tela del traje de Jeff y observaba la herida.

—No es sangre arterial, Jeff, pero se trata de una fea herida. Será mejor que te haga un torniquete. Dame ese pedazo de colmillo.

Jeff se lo dio y el almirante lo usó para rasgar una tira de la parte baja de su larga túnica africana hecha de algodón y algo más fina que el traje que Jeff se había puesto para ir a África. Vendó el muslo del muchacho con ella. El vendaje no tardó en quedar empapado de sangre.

—No puedo hacer nada más por ahora —comentó Yobo—. Subiremos al poblado.

—¡Un poblado!

—Antes de saltar al agua he visto hacia la cuenca alta del río unas cuantas chozas. Los nativos deben haberlas construido en lo alto para poder controlar la manada de elefantes y poder acercarse al río sin peligro. Éste es su camino.

Jeff se sentía medio mareado.

—Me parece que no podré subir.

—No es preciso. Te llevaré yo.

—Pero almirante, soy muy alto…

—Y flaco. Tranquilízate. Allá arriba tendremos un comité de bienvenida.

Con gran suavidad y antes de que Jeff pudiera volver a protestar, Yobo lo alzó, respiró profundamente y empezó a subir por el zigzagueante camino.

Al principio, Jeff no podía ver la cumbre del acantilado por impedírselo los arbustos, pero tenía una buena vista sobre el río. A lo lejos, la tierra formaba una vasta pradera ondulante sobre la cual pacían grandes rebaños de animales.

—Esto se parece a lo que debió ser Nebraska antes de la llegada de los europeos —comentó—. No veo gente… ¡Oh, sí! Almirante, nos hemos equivocado…

—Jeff, no te preocupes —dijo Yobo parándose un momento—. ¿Podrías meter la mano en el bolsillo de mi túnica y sacar el pedazo de colmillo? Se me está clavando en el costado.

Jeff lo hizo y lo sujetó con la mano junto a su pecho.

—Si es mi legado —añadió Yobo en tono amargo—, ya ha sido pagado de sobras con tu sangre. Nunca más te arrastraré a ninguna otra aventura loca como ésta.

Armados de largas lanzas, un grupo de al menos diez aborígenes esperaban a Yobo en la cumbre del acantilado. Llevaban pantalones de piel, túnicas del mismo material adornadas con bolitas de marfil y botas también de piel atadas con tiras de cuero. Sus cabezas descubiertas, a pesar de la frialdad del aire, llamaron la atención de Jeff.

—¡Almirante! —susurró, aunque era evidente que aquella gente no lo entendería—. ¡Mire la piel y el pelo tan largo que tienen! ¡Son rubios y algunos pelirrojos!

—Saludos —dijo Yobo en terrícola básico—. Venimos en son de paz y amistad.

Aquella gente no respondió, pero apuntaron con sus lanzas a Yobo cuando éste llegó arriba jadeando. Varios de los hombres eran tan altos como el almirante y tenían todo el aspecto de verdaderos atletas. Parecían enojados.

—Probablemente han estado buscando a la niña —murmuró Yobo—. Están irritados y van armados, y yo sin una triste arma… Sólo ese pedazo de colmillo.

—No son africanos —siguió argumentando Jeff con desmayo—. ¿Dónde estamos?

Yobo no respondió. Hizo un gesto con la cabeza y les dijo en tono de ruego mientras señalaba la herida en el muslo de Jeff:

—Mi amigo está herido. Por favor, necesitamos ayuda.

Los aborígenes murmuraron algo entre ellos y, de repente, uno que parecía más anciano, hizo un gesto a Yobo y dijo algo en un lenguaje que Jeff no había oído nunca.

—Lo siento, no lo entiendo —dijo el almirante en tono de disculpa—. Les pido que nos ayuden, por favor,

El anciano, que resultó ser una mujer, se adelantó, erguida y orgullosa. Llevaba el pelo gris atado en la nuca con un cordón de cuero del que colgaban bolitas de colores y conchas pequeñas. Era alta y sus ojos azules se fijaron solemnemente en Jeff. A continuación tocó la mejilla de Yobo con una expresión de desconcierto en su rostro duro y surcado de arrugas.

—Imagino que esta gente no han visto nunca a alguien como yo —murmuró Yobo.

La mujer devolvió su atención a Jeff, le tocó el pelo y dijo una palabra de dos sílabas en tono de interrogación.

Jeff no la entendió pero le dedicó una débil sonrisa. Ella le acarició el pelo húmedo y rizado y le devolvió la sonrisa.

—Seguramente yo no le gusto —dijo Yobo—, pero me parece que tú le has caído bien.

De repente, el rostro de la mujer se endureció. Señaló el trozo de colmillo que Jeff sostenía en la mano y dijo algo que sonó como una pregunta.

Sin saber a ciencia por qué, Jeff le tendió el pedazo de marfil. Ella le dio vueltas e hizo un signo de afirmación.

—Quizás aceptan a los extranjeros raros si llevan el regalo adecuado —comentó Yobo—. Espero que ese movimiento de cabeza quiera decir que nos aceptan.

A Jeff, que se sentía cada vez más débil, los pensamientos se le estaban confundiendo.

—¿Pero *dónde* estamos?

—Ya te lo explicaré más tarde. Descansa.

La mujer sonrió de nuevo, hizo retroceder a los portadores de lanzas e hizo un gesto de bienvenida.

—Bien, tendremos que ir con ellos —dijo Yobo.

Y avanzó con Jeff en los brazos siguiendo a la gente por la orilla del acantilado hasta que llegaron a una pequeña elevación en la cual se hallaba un semicírculo de cabañas redondas, como iglús de color marrón. Cerca de las cabañas había más gente, entre ellos mujeres jóvenes y niños.

Mientras Yobo lo llevaba hacia el poblado, Jeff no podía dejar de pensar que, a despecho del aire frío, debía ser verano porque los prados estaban llenos de flores, amapolas rojas, botones de oro amarillos, plantas silvestres de hojas plateadas y florecillas amarillo-verdosas rebosantes de insectos. Los pájaros revoloteaban y cantaban, y el suelo mojado por la lluvia brillaba bajo el sol que se alzaba en el horizonte. El aire esparcía un aroma delicioso, especialmente a carne asada.

—Me parece estar soñando, almirante. ¿Es de verdad todo esto?

—Me temo que sí, Jeff.

—¿Y por qué son blancos esta gente?

—Deja de preocuparte, Jeff.

—¿No le parece que éstos son unos elefantes muy raros? Tienen pelo largo, orejas pequeñas, una giba y colmillos curvados. Yobo suspiró.

—Hijo, no estamos en África, sino mucho más al norte y muy atrás en el tiempo.

—¿Y los elefantes no son elefantes sino mamuts?

—*Mammathus primigenius*. Cuando era joven y estaba enamorado de Wenoa Grachev, ella estaba muy interesada en las edades prehistóricas y me hizo estudiar arqueología paleolítica. Nunca soñé que vendría aquí o que nuestro llamado legado familiar sería en realidad un pedazo del colmillo de un elefante… quiero decir de un mamut, que golpeó el bidón de Norby.

—¿Cree que Norby puede estar dañado y por eso no ha vuelto?

—No lo sé, hijo. Ya estamos llegando al poblado. Dedica a esta señora tu sonrisa más encantadora. Parece alguien importante y, aunque que yo no le hago mucha gracia, al parecer tú le gustas.

—No comprendo lo de su legado —siguió reflexionando Jeff que intentaba comprender la situación a pesar de que le costaba mucho pensar con claridad.

—Si este pedazo de colmillo es mi legado, significa que el hermano del tatarabuelo de Wenoa Grachev, el cosmonauta ruso, se lo dio a mi tatarabuela y no al revés. A Ivi le va a sentar muy mal.

—Quizá nos encontremos en América del Norte, almirante. La abuela de la Primera Ministra era nativa de ese continente, y de la manera que visten esta gente…

—No, Jeff. Estamos en el este de Europa. Entre los indios americanos no había gente rubia de ojos azules. ¿Te duele mucho la pierna?

—No mucho —respondió Jeff que sentía como sangraba—. Gracias por rescatarme, señor.

—Lo que ahora necesitamos es a Norby.

—Quizás aparezca pronto… —Jeff perdió la voz. Tenía dificultades en mantener los ojos abiertos. Le parecía que volvía a ser pequeño y que lo transportaban los fuertes brazos de su padre.

—Mi padre murió cuando yo tenía diez años —murmuró.

—¿Cómo? —le preguntó Yobo.

Jeff era incapaz de recordar con exactitud el rostro de su padre. Logró abrir los ojos y vio la ancha cara de Yobo que se inclinaba hacia él con expresión preocupada.

—Estaré bien, padre. No te preocupes.

—Claro, claro… —los ojos oscuros de Yobo se llenaron repentinamente de humedad—. ¡Ejemmm!

Jeff sonrió y perdió el sentido.

8. Cirugía

CUANDO Jeff se despertó todavía estaba afuera, bajo la luz del sol, tendido de espaldas sobre lo que parecía una plataforma echa de pieles, de cara al brillante cielo azul.

Entonces vio a Yobo sentado cerca de su cabeza que miraba fijamente hacia su pierna herida. Siguiendo la dirección de la mirada del almirante, advirtió la presencia de la mujer arrodillada al lado que estaba enhebrando un cordón a través de una gruesa aguja de coser de marfil.

—¿Qué va a hacer?

—Quédate quieto, Jeff. Han de coserte la herida para que no sangre y así sane más aprisa.

—¡Pero esto es un sistema arcaico!

—Estamos en la prehistoria, muchacho.

—Se me infectará.

—Quizá no. Han puesto piedras ardientes en una bolsa de agua donde he lavado la aguja y el cordón que está enhebrando. También he procurado que se lavara las manos aunque al parecer ya lo sabía. Probablemente estas gentes son mucho más limpias que las llamadas civilizadas de siglos posteriores.

Cuando la aguja de marfil le pinchó la carne del muslo, Jeff creyó que no podría resistir el dolor, pero de repente, se le hizo más soportable, no sólo porque Yobo le pellizcaba los lóbulos de las orejas para distraerle, sino porque recordó lo que un amigo de sus padres le había dicho en una ocasión: «No intentes dominar al dolor. Acéptalo porque es el medio que tiene tu cuerpo de demostrar que algo le pasa. Tranquilízate a ti mismo y a tu cuerpo de que se está en camino de solucionar el problema y de que ya no necesitarás al dolor».

La sutura se hizo tan rápidamente que a Jeff le pareció que flotaba sobre su herida mientras miraba agradecido a Yobo y a la mujer que le

vendaban la pierna con mucho cuidado encima de un apósito hecho de musgo fragante.

—Han empapado el musgo con una solución de hierbas —explicó Yobo—. Supongo que saben lo que hacen. De cualquier manera, dada la cantidad de sustancias inmunizantes que nos inoculan a nosotros, los seres humanos modernos, no creo que se te infecte.

—¿Esta mujer es la jefa de la tribu?

—Creo que sí. Mientras estabas inconsciente, te ha mostrado al resto de la tribu repitiendo una palabra de dos sílabas. Me gustaría saber qué significa.

Una jovencita con el pelo rubio peinado en dos trenzas sujetas con tiras de cuero, se arrodilló al lado de Jeff y le ofreció una bebida de un gusto horrible, pero tenía tanta sed que se la bebió. Ella sonrió mostrando una dentadura perfecta y le alargó otra bebida procedente de otra bolsa. Ésta parecía ser un jugo algo ácido de frutas que eliminó por completo el sabor de lo que Jeff imaginó que sería el medicamento para aquella gente.

En aquel momento, observó la presencia de una mujer de pelo oscuro, apenas unos años mayor que él, que de pie a su lado le observaba fijamente. Parecía haber estado llorando pero su expresión era de ira. Hizo un signo con la mano señalándose el corazón, a continuación la cabeza y después, con el puño cerrado, a Jeff. Luego, le escupió en la cara.

La mujer mayor, la que Jeff pensaba que era la jefa, frunció el ceño en dirección a la joven, apuntó al muchacho y repitió la palabra de dos silabas.

La mujer de pelo oscuro, negó con la cabeza, repitió el mismo signo y escupió de nuevo a Jeff.

Inmediatamente la mujer mayor habló con irritación a la vez que alzaba la mano. La otra estalló en llanto y corrió a ocultarse en una de las cabañas más pequeñas.

—¿Qué significará todo esto? —le comentó Jeff a Yobo.

—Creo que la que te ha escupido es la madre de la niña herida por el mamut. Me parece que esta tribu cree que soy un mago que ha transformado la criatura en un muchacho adulto… tú, Jeff. Excepto que la madre no se lo cree.

La jefa habló a Yobo señalando la cabaña más grande, una estructura alargada y redonda cubierta con piezas de cuero.

—El sol está a punto de ponerse —declaró Yobo—. Quieren que nos pongamos bajo cubierto. Ha tenido que operarte aquí bajo la luz del sol porque para alumbrarse sólo tienen lámparas de hierbas y grasa animal.

Mientras Yobo y otro varón de la tribu transportaban al paciente y a su improvisada cama al interior de la cabaña,

Jeff vio que el arco de la entrada estaba formado por dos enormes colmillos de mamut y que un par de piezas de la techumbre habían sido apartadas para dar luz y aire al interior gracias, probablemente, a que estaban en verano. Por la misma razón no había fuego en el pequeño hogar y las únicas hogueras que estaban encendidas eran las grandes de afuera.

Yobo se sentó a la cabecera de la cama y pasó la mano por las paredes de la cabaña que estaban compuestas por mandíbulas y cráneos de mamut que formaban un interesante dibujo con los huecos rellenos de barro y musgo. Otros colmillos curvados servían para aguantar el techo y sostener las paredes. Pero lo que más le sorprendió fue el suelo hecho a base de piedras redondeadas y pulidas que, colocadas encima de la tierra, componían un secadero sobre el cual los aborígenes habían extendido gruesas pieles. A su manera, el lugar era hermoso. Gente de la tribu había pintado unos paneles de cuero que colgaban de las paredes; en uno de ellos pocha verse representado un mamut.

—Vaya lugar, ¿eh Jeff? Una vez Wenoa Grachev me enseñó la fotografía de una cabaña restaurada hecha de huesos de mamut que fue hallada en un lugar llamado Mezirich de la Unión Soviética, como la llamaban entonces. Ésta no es la misma, pero se le parece.

—Esa pintura quizá sea la del mamut que me ha herido.

—No me sorprendería —dijo Yobo mientras contemplaba el cuero pintado—. Un buen artista. Que lástima que Rembrandt no pueda verlo. Ahora, Jeff, creo que deberías dormir…

Jeff se sentía un poco mareado.

—El viejo mamut idiota. Parecía un toro, almirante, bajando al río para abrevar, quizá con un colmillo ya resquebrajado y demasiado grande para que la tribu se atreva a matarlo. También es posible que lo hayan adoptado como mascota, o cosa parecida.

—Después que te lanzó al río, vi como la gente de la tribu lo hacía retroceder pero sin usar las armas, sólo a base de ruido, golpeando el suelo con los pies y gritando a pleno pulmón. Imagino que, cuando el animal conduce a su rebaño hasta el río, la tribu se aparta y los deja pasar, sólo

que la niña era demasiado pequeña para entenderlo. Ahora, por favor, Jeff, duerme.

La jovencita de las trenzas rubias entró en la cabaña con una cesta llena de fresas, raíces, nueces y carne asada. Se la ofreció a Yobo que intentó dar primero de comer a Jeff, pero en aquel momento la jefa apareció de entre las sombras y apartó la mano del almirante.

—Quizá la jefa de la tribu también es la curandera y han aprendido que, después de un accidente, lo mejor es una dieta líquida por si hubieran heridas internas. Te he examinado y no creo que tengas ninguna, pero será mejor hacerle caso. Menos mal que has comido durante la visita a Rembrandt. Ojalá Norby llegue pronto y nos lleve a la nave.

—Estaría aquí si le hubiera sido posible.

—Desgraciadamente es un robot impredecible que se pasa el día cometiendo equivocaciones.

—Confío en él —insistió Jeff—. Nos encontrará.

—Asilo espero —Yobo bostezó y comió algo—. Hay más agua hervida en la bolsa que tienes al lado. Bebe tanta como puedas.

—Pero cuando tenga que ir a…

—Te llevaré. No hay problema.

—Me verán.

Yobo se echó a reír.

—No creo que estas gentes sepan lo que es la timidez.

Y metódicamente, empezó a dar buena cuenta del contenido del cesto, aún cuando hacía alguna mueca según fuera lo que se encontrara dentro de la boca.

A despecho del sueño que tenía, Jeff se mantuvo despierto contemplando las luces titilantes del cielo color zafiro que veía por la abertura del techo. Gradualmente se fue oscureciendo y aparecieron las estrellas, lo cual indicó a Jeff que no se encontraban en el norte más lejano, ya que allí en verano el sol nunca se pone por completo. Recordó que, en la época glacial, los glaciares cubrieron la mayor parte de América del Norte, pero dejaron libre la estepa eurasiática que fue un hervidero de vida animal.

Oyó unos cánticos, como si la tribu se lamentara de la pérdida de una criatura, o quizás acerca de la misteriosa mutación de ésta en un adulto del sexo opuesto que no hablaba su lengua. Se sintió perdido y triste y, a causa de su debilidad física, le asaltó un ramalazo de desesperación.

Se dijo a sí mismo que desesperarse no solucionaría la situación y, en lugar de dejarse vencer, empezó a pensar en una versión de su letanía del solsticio:

«Estoy vivo. Intentaré relajarme y dejar que mi cuerpo sane. Me siento satisfecho porque soy un ser humano, una parte de la vida de un planeta hermoso, la Tierra; de una galaxia, de un gran universo, y me esforzaré en perfeccionarme…».

Se quedó dormido.

9. Peligro en la tribu

LA MAÑANA apareció libre de nubes. Bajo un sol brillante, la estepa gozaba probablemente de la temperatura más cálida de toda la pasada época de los glaciares. Yobo apoyó la cabeza de Jeff sobre un cráneo de mamut de modo que cómodamente sentado pudiera contemplar, a través del arco de la entrada, el poblado y la tierra que se extendía más allá.

Jeff se sentía casi como un príncipe. Parecía como si cada habitante de la tribu quisiera rendirle homenaje mediante pequeños regalos de comida. Dado que todos ellos aparecían sanos y musculosos, Jeff esperaba que también él obtendría los mismos resultados. Además, se sentía hambriento.

—Tengo tanta hambre que me comería entero el mamut cuya carne se supone que estamos engullendo.

—Esta mañana los cazadores trajeron una liebre y algunos conejos —dijo Yobo mientras estudiaba un hueso que acababa de masticar—. Pero la verdad es que ignoro lo que estoy comiendo. Prueba estos huevos. No están mal… espero. Los he cocido en un recipiente de agua hirviendo. Y más tarde probablemente comeremos pescado. Los jóvenes se han ido al río preparados con sus utensilios de pesca. La humanidad no ha cambiado mucho.

Jeff sonrió e intentó sentirse satisfecho pensando que estaban razonablemente a salvo y que la herida le dolía menos, pero seguía preocupado por Norby. ¿Estaría bien?

—Te han lavado la ropa y se está secando al sol, Jeff. Espero que te guste el traje de cuero que llevas. La muchacha rubia lo trajo mientras se reía mucho. Y hablando de seres femeninos que se ocupan de nosotros, ahora mismo está atisbando por la puerta.

Con un gesto señorial, Jeff indicó a la muchacha que era bienvenida. Cuando ella entró tímidamente, se señaló a sí mismo y dijo:

—Jeff —a continuación la señaló a ella y alzó las cejas interrogadoramente.

Ella lo apuntó y dijo:

—¿Jeff? —en tono de pregunta.

Cuando él hizo un gesto afirmativo, ella movió la cabeza en sentido negativo. Jeff decidió que no se habían comunicado bien e intentó repetirlo, pero ella seguía diciendo que no con la cabeza. Finalmente, se la tocó y dijo algo que sonaba como «Mayla».

—¡Ah! —exclamó Yobo apuntándola—. ¿Mayla?

Entre risitas, ella asintió y salió corriendo.

—Bien, no le gusta mi nombre —dijo Jeff—, pero a mí me gusta el suyo y así la llamaré.

—Quizá sólo signifique «doncella» o «criada» —observó Yobo—. Por cierto, he observado que esta mañana se ha emperifollado con una serie de adornos, brazaletes y tobilleras de marfil, y ¿te has fijado en el pedazo de ámbar que cuelga del collar de conchas que lleva? En estos lugares no hay ámbar ni conchas, por lo que supongo que esta gente negocia con otros pueblos.

—Es bonita —dijo Jeff, suspirando ligeramente.

—Vigila que no te atrape. Me parece que se ha propuesto cazar novio con esa especie de pintura que se ha puesto en las pestañas, seguramente para que se le vean más cuando las agite en tu presencia…

—¿Cómo las pestañas de la Primera Ministra?

—¡Cadete! ¡No es lo mismo!

—Sí, señor.

—Además, después de ver a Euterpe, ninguna mujer humana puede comparársele.

—¿No le gustaría ser el consorte de la jefa de la tribu? Todavía está de buen ver…

—¡Cadete! Ya he tenido suficientes complicaciones con mujeres mayores. ¡Eh!

—¿Qué pasa, almirante?

—Una mujer cuelga sobre tu cabeza. Probablemente la han puesto ahí mientras dormíamos.

Jeff miró a lo alto y vio colgada del techo una pequeña estatuilla de marfil representando una robusta mujer embarazada.

Mientras la contemplaba, Yobo comentó:

—He de aprender el lenguaje que habla esta gente. Nadie ha podido saber a ciencia cierta para qué se usaban estas figurillas. Quizás ésta la han puesto para protegerte o, una vez que hayas sanado, para recordarte ciertos deberes masculinos…

—¡Almirante! ¡Sólo tengo quince años!

—Un adulto para ellos. Y también me gustaría preguntarles para qué sirven estas piezas de asta de ciervo que nosotros llamamos bastones. Esta mañana he visto que los usaban como herramientas multiuso. Como martillos, ablandadores de cuero y como afiladores de lanzas, pero la jefa tiene uno tallado y decorado con tiras diversas. No sé para lo que sirven exactamente, pero aplaudo la creatividad de estos humanos primitivos para utilizar todo aquello que les ofrece el medio ambiente sin intentar controlarlo o dominarlo. Se limitan a vivir felices inmersos en él.

—Usted deseaba esperanza, almirante. Quizás esta gente la halla en la vida cotidiana.

—Casi me entran deseos de que Norby no vuelva nunca más y poder quedarnos. Pero llegará el invierno y nos encontraremos en un verdadero problema. La única ventaja de la piel blanca es para vivir en lugares de poco sol. Un exceso de melanina impide la absorción de los rayos ultravioleta y el procesado de la vitamina D.

—Y como no podrá tomar Vitaminas, tendrá que comer grandes cantidades de pescado y de hígado de animales, como los esquimales…

—Cadete, no soy un esquimal y tampoco me gusta el hígado. Tendré que emigrar al sur… pronto. Debemos estar al final del verano.

—Así que se me cure la pierna, iré con usted. Si Norby vuelve, puede conectar con el lugar donde nos hallemos.

—Tendremos que huir sin que nos vean, en especial si me toman por una especie de dios extraño y a ti por la encarnación de una de sus criaturas. ¡Maldita sea! ¡Todo por el estúpido capricho mío de la holocámara y la pretensión idiota de hallar mi elefante ancestral! Tu herida y el que nos hallemos atrapados en quince o veinte mil años en el pasado es culpa mía…

—Yo también deseaba venir, almirante. Norby me encontrará. He de creer que está en el universo, en algún lugar y en algún *tiempo* —Jeff engulló saliva con dificultad esforzándose en no demostrar que estaban a punto de saltársele las lágrimas. Para distraer a Yobo señaló una pieza de hueso que sobresalía de la pared de al lado—. Mientras esperamos,

podríamos estudiar lo que hay por aquí. ¡Hay tanto! Esta mañana he visto a la jefa que entraba y hacía una muesca en ese hueso. Hay toda una serie. Quizá se trata de un calendario…

La manaza de Yobo apretujó el hombro de Jeff.

—Eres el cadete más valiente que conozco.

Esta vez las lágrimas aparecieron de lleno, pero no llegaron a caer, porque en aquel momento entró Mayla en compañía de un joven pelirrojo con el que discutía a grandes voces. Con un gesto desafiante, se sentó al lado de Jeff mientras el joven amenazaba a ambos con el puño.

—Almirante, ¿será un hermano airado que me conmina a casarme con ella, o un amante desairado?

—Resulta interesante, Jeff. Lleva un arco sujeto al cinturón. Este artilugio aumenta la fuerza de impulsión de cualquier flecha…

—¡No hay tiempo para ser científico, Almirante! Creo que no es su hermano.

—¡Mayla! —la jefa estaba de pie en el umbral.

La chica se levantó y salió corriendo sin dedicar ni una mirada al joven que, furioso, salió tras ella. La jefa se sentó en el umbral, cogió el trozo de colmillo y empezó a trabajar en él.

—Desconcertante —comentó Yobo—. Ya lo ha partido y está eligiendo la mitad que tallará. Es la misma mitad de mi legado… ¿ves la curvatura?

—Almirante, me preocupa el joven pelirrojo. ¿Y si la ira lo impulsa a querer deshacerse de mí?

—Creo que lo que debes hacer es concentrarte en Norby. Ambos lo haremos, bendito sea su sombrero y su variabilidad.

—Creía que estaba enojado con su ineficacia, almirante.

—Intento ser caritativo y tener buenos pensamientos que atraigan a ese pequeño monstruo de metal.

A la caída de la tarde, Norby seguía sin aparecer y Yobo transportó a Jeff al lado de la fogata del centro del poblado. Como la luna aún no había salido, Jeff pudo gozar del centelleante espectáculo de estrellas y planetas de aquel cielo tan claro.

—¿Qué es eso? —exclamó Jeff cuando vio un chispazo de luz que atravesaba el cielo y la tribu lanzaba una especie de canto.

—Por unos momentos he creído tener una alucinación y me ha parecido una nave que pasaba por el cielo —dijo Yobo—, pero se trata de un meteoro. Debe ser una de las típicas lluvias de estrellas. En Marte no tenemos y en algunos lugares de la Tierra hay tanta luz que nunca las había visto. Supongo que esta gente cree que caen de verdad.

Pero Jeff no pudo seguir disfrutando del espectáculo celeste. Era evidente que tenía dos enemigos: cerca de otra cabaña, el muchacho pelirrojo no apartaba de él sus ojos llenos de ira mientras hablaba con la mujer de pelo oscuro que Yobo creía que era la madre de la niña herida.

—Me pregunto si esos dos conspiran para matarme.

—No se atreverán estando yo aquí —aseguró Yobo mientras flexionaba los músculos—. Y no pienso moverme.

El resto de la tribu se sentaba alrededor del fuego ahora reducido a brasas brillantes pero que no bastaban para opacar el espectáculo celeste. La jefa alzó un hueso largo de ciervo hasta sus labios. Jeff advirtió que lo habían perforado. La jefa sopló en un extremo y del hueso surgió un sonido melodioso.

—¡Un concierto! —susurró Yobo mientras se apresuraba a tocar el pequeño aparato registrador que Euterpe le había dado y que todavía llevaba sujeto a su túnica africana puesta sobre el traje paleolítico de cuero—. Espero que lo grabe.

Un viejo sacó unos huesos largos de venado y empezó a golpear un tambor hecho con el cráneo vacío de un mamut decorado con colores brillantes probablemente hechos con jugos de fresas y hierbas. El sonido era profundo y resonante con un ritmo que acompañaba perfectamente el del instrumento de la jefa. A su lado, otro hombre también empezó a golpear con suavidad un enorme hueso vaciado del muslo de un mamut.

—Esto es como lo que hacían mis antepasados africanos con troncos de árboles vacíos —comentó Yobo—. La gente siempre hace lo mismo.

Una mujer vieja empezó a frotar dos palillos y sopló por una especie de silbato hecho con un hueso pequeño. Una vez estuvieron sincronizados todos los instrumentos, la tribu empezó a cantar como si rindieran homenaje al final del día y la llegada de la noche. El aire no tardó en llenarse de una melodía que alcanzaba agudos bruscos cada vez que una estrella fugaz pasaba por el firmamento.

Al cabo de un tiempo, Jeff vio un resplandor en el horizonte. La Luna llena se levantó más allá de las ondulaciones de la estepa y la jefa se puso

en pie. Dejó en el suelo su instrumento de viento y cogió el bastón que Yobo había visto.

Un diseño curvado sencillo adornaba el bastón a lo largo, y en uno de sus extremos tenía un agujero de donde pendían varias tiras de cuero fino de diversos colores con una cuenta colgada en cada una de ellas. Las tiras, que semejaban una cabellera, soltaron un sonido sibilante cuando la jefa las agitó por encima de su cabeza mientras cantaba.

—¡Una varita mágica, Jeff! Canta y señala la Luna.

La extraña música era tan conmovedora que a Jeff le entraron deseos de pedirle a la jefa que no dejara de cantar, olvidándose que estaba herido y perdido en un tiempo que no era el suyo. De repente, la jefa interrumpió el canto, se sentó al lado del fuego y reemprendió la tarea de seguir tallando el pedazo de colmillo del mamut.

Inmediatamente, el joven pelirrojo se puso en pie de un salto blandiendo hacia Jeff una daga. El resto de la tribu retrocedió entre murmullos. La jefa ignoró lo que pasaba y continuó tallando.

—Interesante —comentó Yobo—. En el reino animal los machos tienen un ritual de combate a la hora de seleccionar la pareja y, al parecer, los humanos no son una excepción. Fíjate en la expresión de halago que tiene Mayla.

—Pero ¿cómo puedo luchar con él, si estoy herido?

—Tienes un sustituto, Jeff. Yo.

—¡Almirante! No puede… sólo soy un cadete… No está bien. Además, usted no tiene armas y nadie le va a dar ninguna, y él es más joven que usted…

—¡Bah!

Y Yobo se puso en pie de un salto con una agilidad felina que Jeff jamás hubiera imaginado en la mayestática figura del almirante en jefe del Comando Espacial. Yobo adelantó el pie derecho con las piernas ligeramente abiertas y las rodillas flexionadas.

—Por favor, almirante…

—Calla, Jeff. Acabo de recordar la palabra que usan los que luchan en lugar de otro.

—¿Y cuál es?

—Campeón.

Yobo no apartaba los ojos del joven pelirrojo que avanzaba empuñando la daga en una mano. Yobo sonrió. No era una sonrisa

precisamente amistosa.

Con un rugido, el joven saltó hacia Yobo que se hizo a un lado y golpeó el canto de su mano la muñeca del otro. La daga cayó pero el joven dio un salto y se preparó con las manos engarfiadas para atacar de nuevo.

El almirante retrocedió un tanto para alentar el ataque del joven y, cuando las manos de éste ya casi tocaban su garganta, soltó un bramido, volteó las manos con una rapidez centelleante y el pelirrojo salió volando por los aires por encima de los hombros de Yobo, aterrizando sobre las brasas de la fogata.

Calmosamente, el almirante sacó al joven del fuego de un empujón, le vació un recipiente con agua encima del chamuscado cabello y le dio unas palmaditas en la espalda. El muchacho se arrastró gimiendo a los pies de Yobo.

—Levántate, idiota —murmuró éste—. Me falta práctica. No quería tirarte tan lejos.

Al pelirrojo las palabras de Yobo le debieron parecer una amenaza temible, porque se aplastó más contra el suelo y soltó nuevos gemidos.

Yobo se dirigió a donde estaba Mayla, la asió y la condujo a empujones al lado del pelirrojo. La muchacha se abrazó a éste; Yobo señaló una de las cabañas y los dos corrieron hacia allí, pasando por delante del pálido rostro aterrorizado de la mujer de pelo oscuro.

Un silencio absoluto reinaba en la tribu hasta que Yobo estalló en carcajadas. Todos corearon sus risas excepto la madre de la niña que se sentó a llorar.

—No le ha matado, almirante, tal como él hubiera hecho conmigo —dijo Jeff—. Se sienten más tranquilos y yo se lo agradezco mucho.

Yobo lo levantó en brazos diciendo:

—Es hora de acostarse.

Uno de los hombres mayores se adelantó y le dio a Jeff dos palos largos acabados en una especie de horquilla en la parte superior.

—¡Muletas! ¡Me han hecho unas muletas!

—Así será más fácil la huida —comentó Yobo—. Me siento un poco cansado, pero no te preocupes. Me despertaré así que me necesites. Buenas noches, Jeff.

Yobo no tardó en quedarse dormido.

«El sueño de los justos —pensó Jeff—. He de encontrar a Norby».

Oyó un sonido leve y vio a la jefa sentada en el umbral, bloqueando la entrada… y la salida. Asía el colmillo, ya completamente trabajado, excepto en el extremo inferior, y lo agitaba hacia los dos extraños mientras murmuraba algo, como si quisiera conjurar al diablo.

«Seremos como el diablo —pensó Jeff—, si tienen que vivir el resto de sus vidas contaminados por dos extraños del futuro».



Jeff cerró los ojos intentando olvidar el escozor de la herida mientras llamaba mentalmente a Norby.

—«Norby, donde sea que te halles, por favor, conéctate conmigo. Te necesito. El almirante Yobo también. Éste no es nuestro tiempo ni nuestro

lugar aunque tenga cosas buenas como un mundo sin aglomeraciones, cielos claros y música hermosa. Quiero volver a casa, Norby. ¡Por favor! ¡Ven!».

Los pensamientos de Jeff surgidos de su mente se expandieron por el universo, sacudiendo cada rincón del mismo como la jefa había sacudido su «varita» hacia la Luna y cuya luz delineaba la figura de la mujer sentada en el umbral.

Jeff cogió el sueño pero no le duró mucho. La luz de la luna y la mujer seguían en su sitio cuando le despertó una voz telepática.

—«Jeff, me ha costado muchísimo encontrarte. ¿No podías concentrarte en mí?».

10. Desaparición

JEFF abrazó a Norby entablándose así la comunicación telepática entre ambos.

—«¡Norby! ¡Sácanos de aquí!».

—«Jeff, el almirante está dormido, pero esa mujer está despierta. ¿Cómo es que no grita al verme? ¿Por qué tiene el legado del almirante? ¿Por qué no está en la nave?».

—«Ignoro las respuestas a todas esas preguntas, pero sospecho que cree que somos el diablo, especialmente después de tu llegada. Despertaremos al almirante y saldremos de aquí sin perder ni un minuto. Como no nos puedes llevar a los dos al hiperespacio, nos sacas fuera y antigravitas hasta la nave».

—«Hay un pequeño problema…».

—«¿No puedes antigravitar?».

—«Claro que puedo, pero creo que he de decirte…».

—«Norby, esta mujer vuelve a canturrear y, si acude el resto de la tribu tendremos dificultades para marcharnos. Estoy herido. El almirante tendrá que cargar conmigo, y tú con los dos».

—«¡Jeff! ¡Estoy fuera unos minutos y dejas que te hieran!».

—«Fue anteayer en este tiempo».

Jeff se inclinó y dio unos golpecitos a Yobo que se despertó instantáneamente. Con un dedo sobre los labios, Yobo sonrió a Norby y con toda rapidez tendió a Jeff sus antiguas ropas y las muletas.

—No creo que la pérdida de las túnicas y los pantalones de cuero que llevamos constituya una gran pérdida para la tribu —comentó en voz baja—. Será mejor que te lleves las muletas por si las necesitas antes de que lleguemos a la civilización.

Y alzando a Jeff en brazos se dirigió a la puerta.

La jefa se levantó bloqueando la salida. Yobo se detuvo.

—«No quiero hacerle daño, pero se lo haré si no tengo más remedio».

—«Norby —dijo Jeff—, quizá se moverá si *tú* caminas hacia ella. Sólo espero que no grite».

Las piernas de Norby surgieron de golpe de su cuerpo metálico, bajó el sombrero Wasta que casi no se le vieron los ojos y caminó muy tieso en línea recta hacia la mujer.

Jeff pensó que un bidón caminando sobre dos patas no dejaba de ser una estampa bastante divertida, pero a la jefa, Norby le debió parecer un ser monstruoso ya que palideció y corrió a campo abierto fuera de la cabaña.

—Vámonos —dijo Yobo saliendo detrás de Norby.

—Quédese donde está, almirante —recomendó Norby—. Sujete bien a Jeff mientras yo lo levanto a usted. Siento al *Orgullo de Marte* fijado en antigravedad sobre esta área, sano y salvo. Será mejor que nos apresuremos antes que la jefa empiece a chillar y despierte a todo el mundo.

Pero la jefa no soltó un solo grito, ni siquiera cuando

Norby levantó del suelo a Yobo cargado con Jeff. Éste miró hacia abajo y vio cómo ella los contemplaba subir hasta que estuvieron tan altos que ya no pudo ver nada más.

Nunca la nave les había parecido tan moderna, confortable y segura como entonces. Limpió y reparó las ropa de Jeff y facilitó a los seres humanos una atmósfera regulada, agua corriente, sanitarios, toallas, jabón y vendajes esterilizados.

—No hay cauterizador de heridas a bordo —descubrió Yobo malhumorado—. Tendrás que tener cuidado en no moverte para que no se abra de nuevo la herida. Sólo tienes una sutura y no es precisamente moderna.

Jeff había explicado sus aventuras a Norby mientras se ponía nuevamente sus ropas.

—Ésta es nuestra historia, Norby. Ahora, por favor, explícanos qué te ha pasado y por qué has tardado tanto en acudir.

—Lo siento mucho, Jeff.

—De acuerdo, Norby. No pudiste impedir que el mamut me corneara y ahora que todo se ha acabado, estoy contento de haber pasado dos días en

la Tierra paleolítica. ¿Qué te ha pasado? ¿Llevaste la niña a Rembrandt?

—Sí. Todavía está allí y…

Yobo le interrumpió.

—Ya que hemos de ir a buscar a la niña, Rembrandt podrá echar una mirada a la herida de Jeff. Quizá tenga algo mejor que el cauterizador de heridas del hospital del Comando Espacial. Salgamos para allá, Norby.

—No creo que debamos hacerlo, almirante.

—¿Y por qué no?

—Creo que hemos cambiado la historia.

—¿Porque hemos ido al Paleolítico?

—Creo que sí. La historia ya había sido cambiada antes de llegar a la nave de Rembrandt con la niña. Fue espantoso. Apenas pude escapar…

—¡Norby! —gritó Jeff—. ¿De qué estás hablando?

—Llegué del hiperespacio en medio del salón-observatorio. Rembrandt estaba allí y le expliqué que teníamos la culpa de que el mamut hubiera herido a la niña, o de que no la hubiera matado…

Yobo gruñó:

—Entonces no sabemos en cual de los dos casos reside el problema y, por tanto, no sabemos si devolver a la niña o no…

—O quizás ya no exista ninguna niña —añadió Jeff lentamente, muy asustado—. A lo mejor el almirante y yo hicimos algo cuando estábamos atrapados en la tribu, algo que cambió la historia… ¡pero aún no nos has explicado cómo ha cambiado!

—Ya lo habría hecho si no me hubieras interrumpido. Rembrandt dijo que intentaría curar a la niña pero cuando le di las gracias en terrícola básico, por equivocación, me miró como si no me comprendiera y, de inmediato, dos máquinas fuertes como cajas de caudales con brazos entraron en la sala y me apresaron. Cuando le pregunté el motivo a Rembrandt me dijo que era un viajero del tiempo de alguna especie rara, evidentemente.

—¡Pero él sabe que nosotros podemos viajar en el tiempo! —exclamó Jeff.

—Ahí está. ¡Rembrandt no me conocía! Dijo que tenía que llevarme ante el tribunal de los Otros porque ellos no aprobaban el viaje en el tiempo y habían de descubrir si yo era peligroso.

—No lo comprendo —intervino Yobo—. ¿Y cómo lograste escapar de la nave de Rembrandt?

—Encogiendo de golpe los brazos y las piernas dentro del bidón; de allí salté al hiperespacio donde aquellas dos máquinas no me podían seguir. O Rembrandt ha perdido la memoria o la historia ha cambiado. ¿Os dais cuenta de lo que esto significa?

Yobo se frotó el cráneo.

—De cualquier manera, Rembrandt no te recuerda, a nosotros tampoco puesto que le contaste que teníamos problemas en la Tierra paleolítica. Es posible que en este nuevo camino temporal la civilización humana no haya progresado hasta los viajes espaciales, excepto que nosotros estamos aquí, en una nave espacial, y yo me siento *aquí*.

—Pero dado que llevé la nave al hiperespacio —intervino Norby—, haciendo posible el encuentro con Rembrandt, es mucho más probable que en este camino temporal la civilización humana no haya progresado hasta *mí*.

A Jeff se le atragantó aquella frase.

—Hemos de descubrir lo que hicimos para poner la historia en un camino distinto.

—Creo que en primer lugar deberíamos descubrir más cosas acerca de este camino distinto —opinó Yobo—. Quizá no haya nada equivocado, excepto Rembrandt.

Jeff y Norby se miraron y finalmente éste dijo:

—Si es así, quizás hemos cambiado a los antepasados de Rembrandt ya que algunos de ellos visitaron la Tierra en la época glaciar para recoger algunos especímenes de animales y seres humanos. Con ellos colonizaron el planeta de

Izz[5]. Si nuestra visita a la tribu paleolítica hizo algo que les hiciera temer a los extranjeros y mataron a los antepasados de Rembrandt…

—No, Norby —le interrumpió Jeff—. Izz está poblado por seres humanos tomados de cada parte de la Tierra. Lo que hiciéramos a una pequeña tribu no puede haber cambiado la historia siguiente de los Otros.

—Podría, si mataron a un antepasado importante de Rembrandt —terció Yobo.

—¡Pero Rembrandt todavía existe! —insistió Jeff—. ¿Te pareció el mismo, Norby?

—Exactamente el mismo. Quizás esto signifique que tú y yo no existimos en el nuevo camino temporal, Jeff. Somos los únicos que le encontramos y nos hicimos amigos.

Yobo saltó al tablero de control de los instrumentos.

—Toda esta especulación no nos lleva a ninguna parte y nosotros hemos de ir a algún sitio. Propongo ir hasta la nave de ese falso Rembrandt y ver lo que ocurre. Está en el hiperespacio y en nuestro propio tiempo, y no sólo quiero ver qué ocurre, sino que la pierna de Jeff necesita atención.

—Y no podemos dejar a una criatura humana con los Otros —añadió Jeff—. Hemos de ir, Norby.

El robot se enchufó una vez más en la computadora de la nave. Jeff contempló la Tierra de la época glaciar por el visor. Ahora sabía que estaba poblada por seres humanos llamados primitivos por la gente de su tiempo pero que poseían su propio modo de vida… con arte, música y justicia.

La Tierra desapareció en un abrir y cerrar de ojos y fue sustituida por el gris del hiperespacio.

—He tenido muchas dificultades para viajar en el tiempo después de dejar la nave de Rembrandt —declaró Norby—. Por eso he tardado tanto en volver. Y ahora me ocurre igual.

—¿Quieres decir que estamos en el hiperespacio pero que no te has movido en el tiempo? —preguntó Yobo.

—Exacto —corroboró Norby.

—Quizá se deba a que tratas de llegar al Rembrandt equivocado. Llévanos directamente al Comando Espacial, a nuestro propio tiempo para que mis médicos curen a Jeff.

—Sí, señor —dijo Norby cerrando sus ojos traseros para concentrarse—. Lo estoy intentando nuevamente. Es muy difícil pero creo… sí… estamos otra vez en nuestro propio tiempo. Estoy seguro.

—Pero todavía estamos en el hiperespacio —manifestó Jeff—. Llévanos al espacio normal.

—No puedo, Jeff. No hay ningún error con la nave, pero no la puedo sacar del hiperespacio.

Y el robot abrió sus ojos traseros.

—¡Jeff! ¡El almirante ha desaparecido!

11. La búsqueda

JEFF y Norby registraron cada rincón del *Orgullo de Marte* pero el resultado siempre era el mismo. El almirante Yobo había desaparecido.

—Lo siento, Jeff. Lo que sea que haya cambiado la historia, hace que el almirante no esté en la nave con nosotros, ahora, en nuestro propio tiempo. Es probable que se halle en el Comando Espacial pero si logro sacar la nave del hiperespacio y vamos a verle, seguramente no nos conocerá, igual que Rembrandt.

—Porque en lo que era nuestro tiempo ya no existimos —concluyó Jeff—. Debe ser así, Norby. Y ¿por qué no puedes sacar la nave del hiperespacio?

—Las paradojas del tiempo han alterado mis circuitos, Jeff.

—Y a mí me duele la cabeza. También me duele el corazón a causa de la desaparición del almirante.

Jeff luchaba contra el pánico. Nunca hasta aquel momento se había dado cuenta de cómo echaba de menos un padre, Tenía un hermano diez años mayor como sustituto, pero nadie había llenado tanto aquel papel como Boris Yobo.

—Jeff, creo que lo mejor será retroceder lentamente en el tiempo hasta que encontremos el momento preciso que nos permita salir del hiperespacio.

—De acuerdo, Norby. Ha de haber un medio para averiguar lo que ocurrió y corregirlo.

El silencio llenaba la sala de control mientras Norby se concentraba en el viaje en el tiempo. De repente dijo:

—¡Ya está! Ya tenemos la oportunidad de salir del hiperespacio y entrar en el espacio normal. Creo que no hemos retrocedido mucho, quizás unos dieciséis años o poco más.

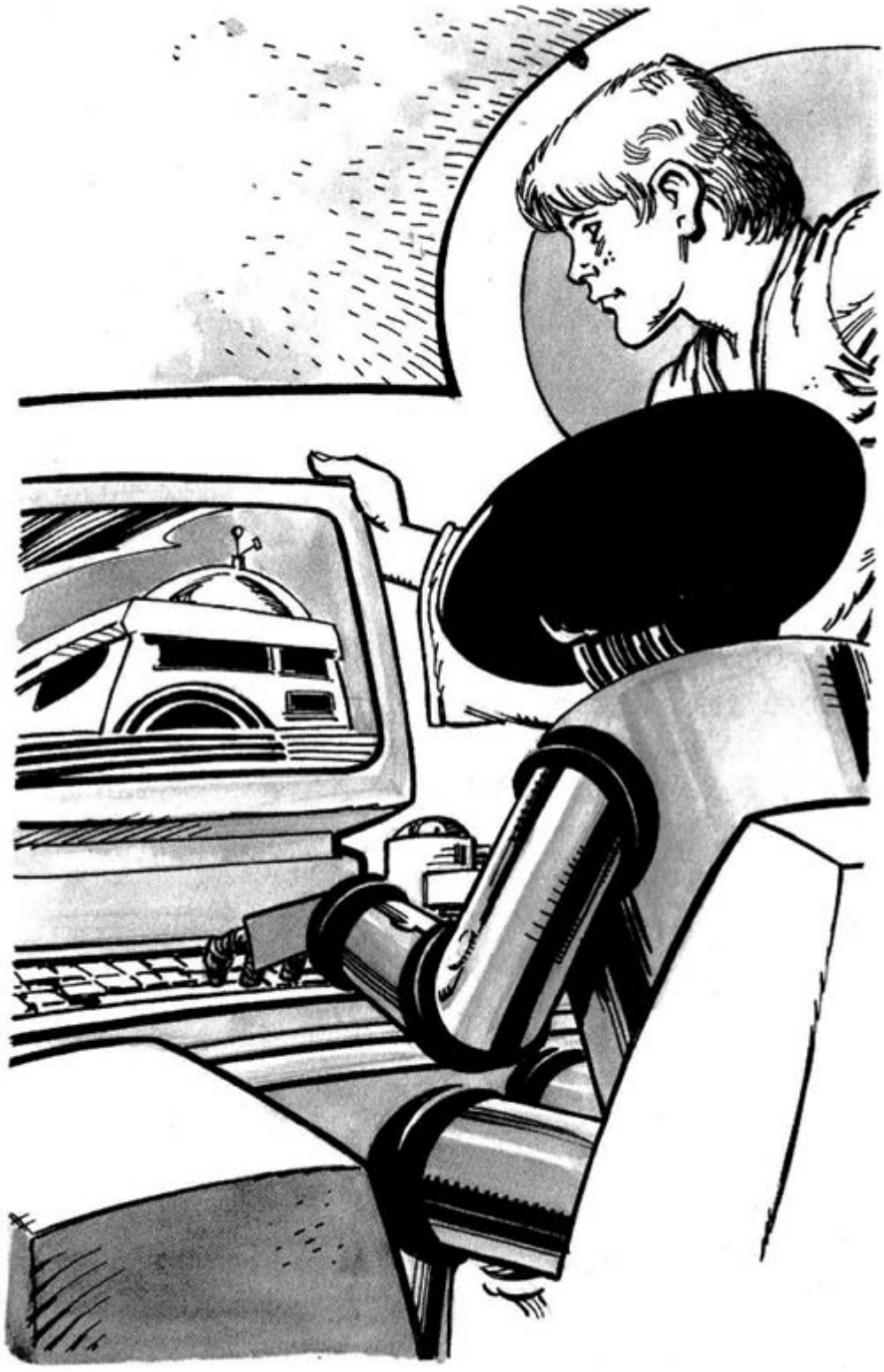
—Justo antes de nacer yo. Quizás ésta sea la razón por la que ahora podemos entrar en el espacio normal. Si sólo estamos a dieciséis años atrás, Yobo estará allí no como almirante en jefe, pero no importa. —Con un brillo de esperanza, Jeff añadió—: No nos conocerá pero podría dejarnos consultar el ordenador y probablemente me ayudará a encontrar un buen médico.

—Bien… allá vamos —Norby asió los controles y el escenario del visor cambió.

—Has pasado de largo el Comando Espacial, Norby. Nos has traído al muelle de desembarco de su casa de Marte.

—Quizá me he equivocado… —Norby parpadeó con rapidez—. O quizás algunos de mis circuitos decidieron venir aquí primero. No funciono muy bien, Jeff.

—Haces lo que puedes bajo circunstancias difíciles. Y ya que estamos aquí, quizá será mejor visitar a la hermana del almirante y hablar con Yobo por el visiófono. Podemos preguntarle acerca de la Federación y de mi familia sin revelarle que puedes viajar en el tiempo.



—¿Nosotros? ¿Y cómo pretendes bajar a la casa? No puedes caminar.

—Me arreglaré con las muletas.

Bajar en el ascensor resultó fácil y, aquella vez, Jeff se hizo llevar por el pequeño vehículo aparcado delante del pabellón.

—Menos mal —comentó Jeff—. Aunque estemos dieciséis años atrás, la casa parece la misma.

—El jardín ha cambiado algo.

—Porque es primavera. La época del esplendor.

Cuando Jeff logró salir del vehículo sintió un súbito dolor en la pierna. Lamentó entonces no haber pedido a Norby que lo transportara. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de preocuparse por ello cuando ya la puerta de la mansión Yobo se había abierto y un robot-mayordomo vestido a la antigua usanza apareció en el umbral.

—Bienvenidos, señores. ¿Sus nombres?

—Jeff Wells y mi robot Norby.

—Por favor, digan el motivo de su visita a la mansión Yobo.

—Ver a la señora Yobo.

—No hay ninguna señora Yobo, señor. Aquí reside el Primer Ministro Yobo, pero ahora está en la Cúpula de la Federación presidiendo el Parlamento.

—¡Primer Ministro! ¿Qué aspecto tiene?

—El mismo de siempre, señor. ¿Le gustaría ver su último holoretrato?

—Sí, por favor.

—Vengan por aquí.

Y el mayordomo les señaló el vestíbulo. Norby tuvo que ayudar a Jeff con su antigravedad lo justo para que ambos pudieran deslizarse sobre el suelo de mármol.

Cuando entraron en el salón de los Yobo, vieron un gran retrato de un hombre vestido con el traje de gala de la Federación, el mismo que el Primer Ministro lleva durante las ceremonias de apertura del Parlamento.

—Se parece un poco al Yobo que nosotros conocemos —dijo Jeff—, pero no es el mismo.

—Éste es el Primer Ministro Kinta Yobo, señor.

—¿Un familiar del almirante Boris Yobo?

Se produjo una pausa breve mientras el robot miraba fijo hacia delante. Después informó:

—Tengo toda la historia de la familia Yobo en mi banco de memoria, señor. No hay ningún registro de ningún Boris Yobo.

—¿Y hay alguna Isabel Victoria Yobo?

—No, señor.

—«Jeff —dijo Norby telepáticamente—, debemos buscar los datos de tu familia y de los Grachev».

—«Me parece que estamos agotando el tiempo de recepción —repuso Jeff—. He visto un enorme guardia-robot en el vestíbulo».

—Robot, dime —pronunció Norby con su tono más autoritario—, ¿tiene acceso esta casa al Ordenador Principal? El sistema solar todavía lo tiene, ¿no? ¿Me refiero al que guarda en su memoria toda la información del mundo?

—Hablas muy extrañamente —dijo el mayordomo—. No estoy obligado a responder las preguntas de otro robot.

—Contesta —intervino Jeff en tono firme.

—Sí, señor. Hay una toma en esta habitación pero no puedes usarla sin mostrar la adecuada identificación como miembro del cuerpo ministerial. Cuando vienen turistas, se les enseñan las habitaciones y se les ruega no tocar nada.

—¡Debo consultar el Ordenador Principal! —exclamó Norby.

—Lo siento, señor, pero tu robot es ilógico y está mal programado. Voy a llamar a las fuerzas de seguridad para que se ocupen de este problema.

Un enorme robot irrumpió en la sala mientras otro, no menos voluminoso, se colocaba en el umbral.

Deliberadamente, Jeff hizo resbalar una de las muletas y se dejó caer al suelo sobre la pierna buena. Con todo, fue una dura prueba para la pierna herida que enseguida la sintió caliente y húmeda. Sangraba.

—Mayordomo, estoy herido y no puedo permanecer de pie mucho rato. Por favor, deja que descanse unos instantes en el sofá. Conozco al Primer Ministro que fue… quiero decir que es… —Jeff se atragantó. Detestaba mentir.

—El Primer Ministro estará encantado de verte, Jeff —intervino Norby verazmente, aunque dicha verdad se aplicara a otro tiempo—. Y no le gustará nada que se haya perjudicado la salud de mi dueño —y sin esperar la respuesta del otro robot, Norby alzó a Jeff y lo transportó al sofá.

—«Este robot es muy poco inteligente» —comentó Norby.

—«Tampoco el guardia lo parece, pero son mucho más fuertes que nosotros».

—He notificado a los seres humanos encargados de la mansión vuestra presencia aquí —dijo el mayordomo—. Ellos decidirán lo que hay que

hacer.

—«Yo sé donde está la toma de corriente del ordenador, Jeff. Este salón es exacto al de nuestro Yobo».

—«Cierto, Norby, pero no sé como podrás acercarte a él con el mayordomo y el guardia vigilando».

—«Puedo ir al hiperespacio, aparecer de golpe y golpearles en la cabeza uno detrás de otro, y cuando no funcionen…».

—«¡No puedes! ¡No está permitido!».

—«Estos robots, lo mismo que Kinta Yobo, en realidad no existen. Éste es otro camino del tiempo falso».

—«Pero nosotros estamos aquí y ellos existen en ella. Probablemente yo soy el responsable de la pérdida del camino verdadero y no quiero estropear nada más».

—«Siempre te cargas con demasiadas responsabilidades, Jeff. Creo que conozco al responsable de todo este lío, pero primero he de estar seguro y para ello tengo que usar el Ordenador Principal. Pero no podré con estos malditos robots aquí».

—«¡Ésta es la respuesta, Norby! Un robot tiene la obligación de proteger su propia existencia».

—«¿Te refieres a que, en razón de las leyes de la robótica, estos mamotretos tienen el derecho de dejarme a mí fuera de combate en lugar de yo a ellos?».

—«¡No, no! Quiero decir que de vez en cuando, tienes que recargarte, ¿no es cierto? Y si no puedes ir al hiperespacio, has de hacerlo con electricidad normal, ¿no es verdad?».

—«¡Jeff! ¡Tú también eres un genio!». —Norby echó a andar por la habitación bamboleándose desordenadamente y parpadeando con la mirada errática, mientras soltaba sonidos metálicos y se oían unos ruidos metálicos como si chirriasen una multitud de ruedecillas oxidadas de su interior cada vez que pasaba por delante de la toma de corriente del Ordenador Principal.

—¿Qué le pasa a tu robot, señor? —preguntó el mayordomo—. Si no funciona adecuadamente tendrá que ser destruido.

En aquel momento el sombrero metálico de Norby se hundió en el interior de su cuerpo, asomando sólo la mitad superior de sus ojos. El guardia voluminoso se le acercó.

Jeff alzó la mano.

—Espera —ordenó—. Mi robot necesita recargarse con frecuencia. Una vez cargado funciona perfectamente. Si no le permites hacerlo, informaré al Primer Ministro de que eres culpable de haber causado la desactivación de mi valiosa propiedad personal.

El guardia y el mayordomo se miraron mutuamente. A continuación sus cabezas giraron en dirección de Jeff y de Norby.

—Es cierto que recargarse es una necesidad para los robots —concedió el mayordomo con lentitud.

El bidón de Norby se cerró de golpe y se deslizó lentamente por el suelo hasta apoyarse contra la pared, directamente debajo de la toma del ordenador.

—Ésta no es la toma de corriente —advirtió el mayordomo.

—Mi robot sabe como recargarse —intervino Jeff—. Insisto en que le dejéis solo mientras lo hace.

El sensor de Norby surgió veloz como una serpiente y se enchufó en la toma de corriente del Ordenador Principal.

—Pero… —protestó el mayordomo.

—¡Obedéceme, robot! —gritó Jeff en tono estentóreo—. ¡Mi robot necesita usar esta toma de corriente!

De repente, Jeff oyó unas voces que se acercaban, algunas de ellas humanas.

—¡Norby! ¡Apresúrate!

El sensor del robot se retiró velozmente, el bidón se elevó y voló hacia Jeff extrayendo de golpe brazos y piernas.

—¡La ventana, Norby!

Y con las muletas asidas, Jeff salió volando al jardín en brazos de Norby por la ventana abierta, en el mismo instante en que tres seres humanos y dos robots más irrumpían en la sala de Yobo.

Sin dar tiempo a que los atrapara ningún guardián, Norby entró raudo por las escotillas hacia la sala de control del *Orgullo de Marte,* depositó a Jeff en el suelo con toda suavidad y se precipitó a los controles. Immediatamente la vastedad gris del hiperespacio los envolvió.

—¿Qué has encontrado en el Ordenador Principal, Norby?

—La familia Wells está intacta.

—Eso es bueno, pero…

—También hay otros Yobo y Grachev, pero ninguno de los que nosotros conocemos. Recuerda que en la primera pista temporal, el

almirante Yobo te dio el dinero para comprarme como robot-maestro. En camino temporal ¡no nos conocimos jamás!

12. El encuentro

EN EL interior del *Orgullo de Marte* Jeff examinó la herida que nuevamente sangraba, descubriendo con consternación que la primitiva sutura se había soltado. Se puso una venda apretada pero le dolía y temió que no se le hubiera infectado.

—¿Y ahora qué hacemos, Jeff?

—Primero dime a lo que te referías cuando has dicho que conocías al autor de todo este lío de cambio de caminos temporales. ¿Yobo y yo?

—No exactamente. Quiero decir que ésta no es mi teoría, pero si quiero comprobarla, puede cambiar *nuevamente* la historia y sería peor. En este camino temporal tu familia existe y, por tanto, también tú.

—¡Quiero que también exista el almirante! Y resulta que en dieciséis años, y en un camino temporal donde ni tú ni yo podemos ir, existe un Jeff Wells que no tiene ningún robot llamado Norby. No me importa la teoría que tengas. Compruébala para que podamos volver a nuestra pista temporal y a casa.

Norby se dirigió a la mesa de control.

—No quiero conectarme. Mi teoría me preocupa. No estoy seguro…

—Resulta difícil desenvolverse en cualquier universo, Norby.

—Podemos caer en lugares peligrosos…

—Estás hablando con alguien que ha ido a la Tierra glaciar con ropas adecuadas para el África tropical, que ha sido corneado y lanzado por los aires por un mamut, que ha ido a parar a un río helado, que una curandera que murió hace quince mil años le suturó una herida con tripa animal y se la cosió con una aguja de marfil…

—Pero, Jeff…

—Y además, he tenido que engullir una medicina horrible, dormir en habitáculos malolientes y casi morir a manos del novio celoso de una chica del Paleolítico. Debería haber protegido a mi almirante y, en lugar de ello,

fue él quien me salvó la vida. Y ahora ha desaparecido en la no-existencia. ¿Quieres hacerme el favor de contarme tu teoría y veremos lo que se puede hacer?

Hubo un breve silencio mientras Norby parpadeaba.

—La historia es muy triste y hay un villano en ella.

—¿Quién es?

—Yo.

Norby consiguió adoptar un aire tan patético, que Jeff casi se echó a reír a carcajadas.

—Norby, amigo mío, no me digas nada más. Quejarme de todo lo que me ha ocurrido me ha ayudado a aclarar la cabeza. Deja que reflexione acerca de lo que se puede hacer con este camino temporal falso.

Norby se balanceó feliz sobre los dos pies canturreando en tono desafinado como siempre, mientras Jeff reflexionaba profundamente.

—Vamos a ver… Te llevaste a la niña paleolítica a la nave de Rembrandt y todavía sigue allí. Cuando entramos en este periodo de tiempo, Yobo desapareció. Por lo tanto, la causa ha de ser que sacamos a la niña de la historia.

—Yo la saqué, Jeff. La historia cambió en el mismo momento en que la saqué de su propio tiempo, de modo que cuando llegué a la nave de Rembrandt la pista temporal ya era la equivocada. Este Rembrandt no me conocía.

—Exacto, Norby. Asumimos que la niña estaba muy malherida sólo porque entramos en el pasado. Pero puede ser o no puede ser cierto. El punto en conflicto es que pudo curarse del ataque del mamut, vivir en la tribu, casarse, tener hijos…

—Algunos de los cuales fueron antepasados de los Grachev, lo cual significa que el hermano del tatarabuelo de Wenoa Grachev fue *muy* amigo de la tatarabuela de Yobo… de otro modo, todavía tendríamos al almirante aquí.

—Por lo tanto, hemos de sacar a la niña de la nave de Rembrandt y devolverla a la tribu para que sus genes puedan entrar en la historia.

Robot y dueño se miraron angustiados.

—Jeff, ¿y si Rembrandt nos apresa y nos lleva ante ese tribunal que está en contra de viajar en el tiempo?

—Tendremos que ingeniárnoslas para escapar de ese tribunal. Pero esperemos que no ocurra. Hemos de llevarnos a la niña y no me vengas

con monsergas, Norby. Recuerda que estamos intentando volver al momento anterior de habernos llevado a la niña.

—En ese caso, te quedas aquí en la nave, Jeff. Yo hipersaltaré directamente a la nave de Rembrandt y me llevaré a la niña.

—No me gusta. Los Otros son mucho más avanzados que nosotros. Imagina que Rembrandt tiene medios de retenerte que todavía no ha usado. Además, no puedes demostrar que la niña debe ir contigo y, en cambio, yo sí, porque ambos somos seres humanos. Debe ir con los de su propia especie, no con los Otros.

—No es seguro. Tengo que ir solo.

Jeff empezó a ponerse las ropas de piel paleolíticas con movimientos frenéticos.

—Norby, si desapareces en el tiempo sin mí, no te dirigiré la palabra nunca más. Y piensa que, si te ocurre algo en esa nave, no podrías volver y yo me quedaría anclado aquí, en el hiperespacio, para siempre, porque sólo tú puedes sacarme de él. Y me quedaría solo… eternamente.

—De acuerdo, Jeff. Pero ¿no crees que sería mejor conectar nuestra portilla con la de la nave de Rembrandt? Podríamos entrar a pie y…

—Y caer en brazos del tribunal. No gracias. Dejaremos la nave aquí, dieciséis años atrás en el hiperespacio. Me llevarás directamente desde esta sala de control al salón-observatorio de Rembrandt dieciséis años después. Si los Otros nos quieren apresar, podremos escapar porque ellos no pueden viajar en el tiempo.

Norby estrechó a Jeff con sus brazos extensibles.

—Estoy listo, Jeff. Asustado, pero listo.

—Vamos. Procura ser exacto.

Jeff sintió la estremecedora sensación de la vaciedad del hiperespacio y, de repente, se halló en el majestuoso salón-observatorio de la nave de Rembrandt ante un Otro femenino que le cantaba a una niña humana que dormía en su regazo.



—¡Euterpe! —exclamó sin reflexionar.

La niña se despertó, saltó de las rodillas de la Otra y se quedó en pie, con los ojos muy abiertos, mirando el extraño espectáculo de un muchacho

humano suspendido en el aire en brazos de un bidón plateado con ojos brillantes y sombrero cónico.

—¿Quiénes sois y qué quiere decir ese nombre extraño? —preguntó Euterpe en el lenguaje de los Otros.

Jeff habló en la misma lengua cuando respondió:

—Soy un pariente de la niña —lo cual era bastante cierto—. He venido para llevármela a casa. Necesita atención médica.

Los brazos inferiores de Euterpe abrazaron a la criatura mientras uno de los superiores le acariciaba el pelo oscuro y rizado.

—Tu configuración corporal es similar a la de ella, pero debes probar que eres pariente suyo. No parece reconocerte. Además, la he curado yo y ahora es mía.

—«Jeff, ¿cómo te la vas a llevar antes de que aparezca Rembrandt y nos apresen?».

—«Calla, Norby. Déjame pensar».

—¿Cómo habéis entrado en la nave? —continuó Euterpe—. Tú y tu robot sois extraños y probablemente peligrosos…

—Le aseguro que no perjudicamos de ninguna manera a su nave y que le agradezco sinceramente que haya curado a la niña. Soy un pariente lejano de ella, el único que puede viajar en esta nave y devolverla a su gente.

—Nosotros, los Otros, hemos determinado que pertenece al pasado y, por tanto; vosotros deberéis ser viajeros del tiempo. Deberéis ser investigados —Euterpe hizo un gesto en dirección a la pared—. He llamado a mi hermano. Estoy segura que el tribunal decidirá que vosotros y esta niña habéis perdido el derecho de volver al pasado. ¡Ahora, la niña es *mía*!

—«¿Te has fijado, Jeff, que las hembras de todas las especies son tozudas?».

—«En lo único que me he fijado es que es hermosa, que me conmueve y que me cuesta mucho concentrarme para reflexionar».

—«Te está embrujando».

—«No. Sólo me da pena».

—«Tendrás que explicar a estos Otros que éste es un camino temporal falso y que en el verdadero hay un Rembrandt que nos conoce…».

—«Que nos conoce… ¡Claro, Norby!».

—Yo conozco a esta niña, señora, aún cuando ella no me reconozca. Se lo puedo demostrar.

De repente, Jeff había recordado la palabra de dos sílabas que usaban los miembros de la tribu cuando le señalaban, la palabra que había hecho mover la cabeza en sentido negativo a la madre de la niña.

La dijo tan claramente como pudo, sonrió y tendió los brazos a la niña.

Ésta, con una grito de felicidad, se deshizo de los numerosos brazos de Euterpe y corrió hacia Jeff en el mismo instante que entraba Rembrandt.

Jeff la cogió, la abrazó estrechamente y gritó en terrícola básico:

—¡Al Paleolítico, Norby!

Entraron tan repentinamente en el hiperespacio que Jeff sintió que el estómago se le pegaba a la espalda, pero aquella vez Norby, con una increíble exactitud, los devolvió al instante exacto en que habían dejado a la jefa de la tribu mirando hacia arriba mientras desaparecían hacia la nave del almirante.

Bien, la exactitud no lo era tanto, porque la jefa tenía la cara oculta entre las manos y estaba llorando. El colmillo del mamut se hallaba en el suelo, a su lado, como un objeto inservible.

La jefa alzó el rostro cuando Norby depositó a Jeff y a la niña en el suelo delante de ella.

Repitiendo la palabra de dos sílabas, Jeff soltó a la criatura que sonriendo feliz corrió a los fuertes brazos de la jefa.

La anciana repetía la misma palabra mientras reía y acariciaba el rostro de la niña con el suyo propio.

—Era su nombre, ¿verdad? —preguntó Norby.

—Sí. Hace mucho tiempo.

Norby volvió a alzar a Jeff y se elevó en el aire, pero la jefa con la niña en brazos, los llamó.

—No sé lo que está diciendo —comentó Jeff—. ¿Podría ser gracias?

—Tenemos que irnos, Jeff.

—Espera, coge el legado.

La jefa sonriendo a Jeff, le tendía la pieza de marfil y le decía algo en tono de ruego.

—Desea que te lo lleves —dijo Norby—. Me imagino que es un regalo por haberle traído a la niña y finalmente comprende que no se trataba de ti. Debió creerlo al encontrarte en el lugar de la criatura y por el hecho de que los dos tenéis el pelo oscuro y rizado.

—No puedo aceptarlo.

—¿Por qué? Hemos recuperado la verdadera historia y, por lo que me parece, el colmillo no debe estar en la nave. Lo necesitamos para volver a nuestro tiempo.

—No podemos, Norby. Todavía no está terminado. Mira, lo tiene cogido por el extremo puntiagudo y, en la parte roma, no hay nada grabado. El legado todavía ha de permanecer en la historia.

—Dile adiós con la mano, Jeff.

Nuevamente el vasto hiperespacio gris se cerró alrededor de ellos. Jeff se sentía un tanto triste. Nunca olvidaría el rostro de la jefa lleno de alegría y esperanza cuando recuperó a la niña. Se la imaginó devolviéndola a su madre y los cantos con los que, probablemente, la tribu lo celebraría aquella misma noche.

—«Norby, echo de menos el Paleolítico».

—«Yo no. Tengo problemas para volver a nuestro tiempo. Toda esta serie de saltos de una pista temporal a otra, me han hecho un lío en los circuitos».

—«¡Concéntrate, Norby! Hemos de volver a la nave. El aire de tu burbuja no durará siempre, en especial en el hiperespacio».

—«Conéctate conmigo, Jeff. Necesito ayuda».

Jeff sintió aumentar la fuerza del abrazo de Norby e intentó concentrar su mente. El *Orgullo de Marte*. Jeff se esforzó por ver mentalmente la sala de control de la nave, consciente del dolor de la herida y de la sangre que empapaba los vendajes y el traje de piel paleolítico.

De repente, pareció que entraban como un estallido en el espacio y tiempo normales, cuando Jeff aterrizó con un golpe en el suelo de la sala de control de la nave. Gruñó de dolor.

—Jeff, ¿de dónde has sacado otra vez esa ropa? —preguntó una familiar voz de bajo—. ¿Y por qué? —Yobo estaba sentado en la silla de la mesa de control, resplandeciente como siempre en su uniforme que se había puesto a la vuelta de la excursión a la época glacial—. ¿Me he equivocado en algo?

Jeff reprimió el impulso de correr a abrazarle, aparte del hecho de que no podía dar ni un paso.

—Norby y yo hemos arreglado las cosas, señor. Y me gustaría que Rembrandt me curara la pierna.

—Pero si Rembrandt no nos conoce… ¿qué quieres decir con eso que habéis arreglado las cosas? ¿Cuándo lo habéis hecho?

—Hemos restablecido el pasado —comentó Norby en tono negligente como si se tratara del trabajo de todos los días.

—Pero ¿cuándo? ¿Y dónde estaba yo?

Aquello resultaba difícil de responder. ¿Cómo decirle a un hombre orgulloso como Boris Yobo que en un posible camino temporal él no existía porque cierta pálida niña paleolítica había sido arrancada de su tiempo?

—Es muy sencillo —se lanzó a explicar Norby antes de que Jeff tuviera tiempo de tocarle y comunicarle telepáticamente la necesidad de proceder con tacto—. El DNA de su familia tiene genes de aquella tribu paleolítica del pasado gracias a la «especial» relación que hubo entre su tatarabuela africana y el cosmonauta ruso, de manera que hasta que no devolvimos la niña a su familia, usted no existía en el futuro, quiero decir en nuestro presente, éste al que pertenecemos… El camino temporal falso…

—Me dejaba fuera —concluyó el almirante rascándose la barbilla.

—Sólo se trata de unos pocos genes, almirante —intervino Jeff—. Quiero decir que, seguramente, todos sus antepasados son tan puros como su hermana cree que son, antes y después que la… uh…

—Cadete, me parece que es mejor que me cuentes toda la historia.

Jeff y Norby lo contaron todo, acabando con la conmovedora imagen de la jefa con la remota antepasada de Yobo en brazos.

—Conmovedor —comentó Yobo secándose un ojo—. Mucho. ¿Y arriesgaste vuestras vidas y reabriste tu herida sólo para devolverme la existencia?

—Sí, señor.

—Gracias —dijo Yobo en tono grave.

—¿No se ha enfadado por lo que hemos descubierto de sus antepasados, almirante? —preguntó Norby.

Los músculos faciales de Yobo se contrajeron.

—¿Enfadado? —repitió, y echando la cabeza hacia atrás estalló en grandes carcajadas—. ¡La buena de la tatarabuela!

Su risa era tan contagiosa que Jeff empezó a emitir risitas y muy pronto la sala se llenó con las carcajadas de los dos seres humanos.

—¡Jeff! ¡Almirante! —reclamó Norby, y como ninguno de los dos le prestara la menor atención, empezó a dar puñetazos contra la mesa de control.

—¿Qué pasa, Norby? —preguntó Yobo secándose los ojos—. Oh, claro. Hemos de atender la herida de Jeff. Llévanos a Rembrandt, al verdadero, claro.

Norby se enchufó.

—Por cierto, almirante, ¿no cree que mientras curan a Jeff, tendrá que pensar en lo que le va a contar a su hermana?

Yobo se dio un fuerte golpe a la frente y miró al techo con desesperación.

13. El secreto de la talla

—ADELANTE, Jeff. Camina.

Jeff miró a Rembrandt vacilante pero se levantó e intentó dar unos pasos. No sintió dolor, la sangre no le bajó por la pierna y sólo notaba el muslo ligeramente envarado.

—Asombroso —declaró—. Te lo agradezco mucho Rembrandt. ¿Cómo has conseguido que haya sanado tan rápidamente después de que la herida se volviera a abrir?

—Es una combinación de electroterapia y una medicina tópica que, a la vez, es un perfeccionamiento del cauterizador de heridas que utiliza vuestra Federación.

Yobo asintió.

—Daría cualquier cosa por tener esta fórmula.

Rembrandt sonrió. Tocó una de las tomas de comunicación con Yib y cerró los tres ojos como si se estuviera comunicando con el ordenador de su nave. Al cabo de unos segundos una tarjeta plastificada surgió de una ranura y Rembrandt la tendió a Yobo.

—La fórmula es suya, almirante. Diga a sus investigadores que se la dio un médico-brujo.

—Ah, sí —asintió Yobo con una sonrisa—. Creerán que es un legado de mis antepasados africanos —pero de repente se puso serio y a su rostro asomó una expresión preocupada—. No se me ocurre cómo decir a mi hermana que nuestra ascendencia está mucho más mezclada de lo que ella cree.

—Ciertamente, las hermanas pueden llegar a ser una fuente de preocupaciones para sus hermanos —declaró Rembrandt con toda seriedad.

—¿Para usted también?

—Absolutamente, almirante. En este momento me tiene muy preocupado el estado mental de mi hermana. Si no le llevo ante ella, no para despedirse, sino para mantener una larga conversación, se pondrá… ¿cómo puedo definirlo?… ¿quisquillosa?

—¿Quiere decir que le echará todas las culpas si Jeff, Norby y yo nos vamos inmediatamente?

—Me temo que sí.

—No hay problema, Rembrandt. —Yobo alisó su uniforme del Comando Espacial que tenía mucho mejor aspecto que la destrozada túnica africana que había dejado en el *Orgullo de Marte*—. Tengo grandes deseos de volver a ver a su hermana. Despedirme resultará lo más difícil. Es un ser femenino que impone de una forma extraña.

—Impone. Ésa sería también mi definición —asintió Rembrandt—. Quizá deberíamos ir a verla inmediatamente, aprovechando que se halla de buen humor.

—Jeff, ¿dónde está Norby? —preguntó Yobo.

—No lo sé. Ha venido a la clínica con nosotros pero debe haber salido. En ocasiones, no puede soportar ciertos detalles biológicos, en especial cuando soy yo el herido.

—Debemos encontrarle… y ver a mi hermana.

Cuando Rembrandt salió hacia el salón-observatorio, Jeff pensó que para él resultaría imposible no perderse por la inmensa nave de los Otros, con corredores tan complicados identificados solamente con colores tan sutiles que ningún ser humano lograría reconocer. Asimismo, la gravedad artificial era mucho mejor que cualquiera de las conseguidas por la Federación.

Yobo y Jeff aún no le habían contado a Rembrandt la historia completa de sus aventuras. Les preocupaba no saber cómo reaccionaría el Otro al enterarse de que su segundo yo, que vivía en un falso camino temporal, no conocía a sus amigos.

En el salón-observatorio Norby estaba al lado de Euterpe, que parecía presa de la mayor alteración que un Otro podía mostrar.

—¡Norby! —exclamó Jeff—. ¡Se lo has dicho!

—¡No! No le he dicho nada.

—¿Qué ocurre, hermana? —preguntó Rembrandt.

—Yo soy músico, hermano. Mi mente, mis emociones y toda mi vida están dedicadas a la *música.*…

—Ya lo sé, querida. Eres la mejor.

—… y como aprecio tanto a tus amigos, he pedido un favor a este robot tan encantador.

—Lo que usted desee, estimada señora —dijo Yobo sentándose junto a ella, como si un poderoso electroimán atrajera el hierro de los glóbulos rojos de su sangre.

—Por favor, no permitan que Norby cante ante mí nunca más.

—Sólo le he cantado nuestras canciones favoritas de la Academia Espacial —se disculpó Norby—. Cuando usted ha intentado interrumpirme, Euterpe, he creído que no me oía bien, y he alzado ligeramente la voz.

—Norby —dijo Jeff en tono firme—, nunca has querido admitir que cantas desafinado, Quizás a otros que les ocurre como a ti no lo saben discernir, pero tú sí lo sabes, y debe haber sido muy penoso para un músico tan maravilloso como Euterpe.

Pareció que ella reprimía un estremecimiento.

—He de ir a escuchar música de verdad para sentirme mejor.

—No lo haga, Euterpe —la interrumpió Yobo dándole el pequeño instrumento de grabación que había llevado sujeto a su túnica africana—. Esta música quizá no complazca a sus órganos auditivos, pero quizá la encuentre interesante.

A un gesto de Euterpe, surgió del suelo un pedestal. Colocó el instrumento en él y tocó un botón dorado que había a un lado.

—¿Es la música de sus antepasados, almirante?

—Bien… sí. Imagino que sí. *

La música llenó la estancia alienígena y Jeff se sintió transportado al lado de las brasas de la fogata del poblado, mirando la lluvia de estrellas mientras la primitiva orquesta, tan joven como el planeta, tocaba. Cerrando los ojos, casi podía ver de nuevo a la jefa con la flauta en los labios.

Cuando terminó, Euterpe dedicó una sonrisa radiante a Yobo.

—Esta música será el comienzo perfecto para mi composición en honor de los seres humanos. Es el alba de la esperanza y de la belleza en un mundo joven, ¿verdad?

Yobo se la miró con los ojos muy abiertos.

—Imagino que… sí.

—Me gustaría oír toda la historia —dijo Rembrandt.

—Tendrá que contarla usted, almirante. Yo estuve inconsciente la mayor parte del tiempo.

Yobo contó lo ocurrido a Rembrandt y Euterpe, y su rica voz reflejó a la perfección los momentos de emoción, peligro, humor —Jeff se sobresaltó al recordar el interés de Mayla en él— y la salvaje belleza de la estepa paleolítica de la Europa oriental.

—Jeff, creo que también hemos de contarles lo del camino temporal falso, pero tendrás que hacerlo tú porque yo no estaba.

El relato de Jeff pareció causar un extraño silencio en los dos Otros. Euterpe bajó los ojos hacia sus cuatro manos y Rembrandt le tocó la espalda con suavidad.

—Estoy contento de no ser el Rembrandt que hallasteis en el falso camino temporal, el que no os conocía. Pero creo que a mi hermana le hubiera gustado conocer a la pequeña humana porque todavía no tiene hijos propios.

—Pero os agradezco que la rescatarais de la otra Euterpe —dijo ésta en tono trémulo—, porque así Boris Yobo ha podido existir.

—Ah… —soltó Yobo medio atragantado—… gracias señora —se puso en pie y le dedicó una reverencia—. Me temo que todos hemos de volver a nuestros mundos.

—¿Tan pronto? —esta vez fue Euterpe la que pareció atraída por una fuerza magnética—. Almirante, será bienvenido a visitarnos cuando lo desee. Y gracias por la grabación. Quizá la música sea no sólo el refugio para las tristezas o la forma de expresar los sentimientos, sino una forma simbólica de describir la realidad, algo que ninguno de nosotros puede comprender completamente.

—La belleza —murmuró Yobo embrujado.

—Pero con la belleza de las cosas que creamos —añadió Rembrandt en tono suave—, quizá cada uno de nosotros contribuimos con una parte a la comprensión universal.

—Sí —corroboró Yobo tomando una de las manos inferiores de Euterpe y poniendo en ella los labios.

—Es hora de irnos —anunció Norby.

—¿Tan pronto? —repitió Yobo como Euterpe.

Ella le miró fijamente.

—Quizá cada vida forma parte de la música de la realidad que todos compartimos. Usted y yo.

—Usted y yo —repitió Yobo.

—¡Hay que irse añora! —exclamó Norby—. Recuerde que el fin de semana largo de Jeff casi ha terminado y, si llegamos tarde a la Academia Espacial, tendrá problemas.

—Adiós, Euterpe. Hasta que nos encontremos en otro tiempo —murmuró Yobo.

Norby tocó el brazo de Jeff.

—«Saquémosle de aquí, Jeff, antes de que el Comando Espacial se encuentre nuevamente sin su almirante».

Jeff y Norby condujeron a Yobo a su nave en cuyo sillón de mando se dejó caer con un profundo suspiro.

—¿Sabes, Jeff?, quizá no deberíamos haber contado a Euterpe aquello de la otra que quería quedarse la niña. Parece que me tiene mucho afecto y, por lo que parece, estos Otros son capaces de combinar los DNA a fin de que dos especies completamente diferentes…

—¡Almirante! —exclamó Norby sacando a fuera de golpe toda la cabeza y con los cuatro ojos muy abiertos—. ¿Qué está pensando, señor?

—¡Hrrump!… Nada. Nada en absoluto. Una especulación puramente intelectual. Llévanos directamente a mi casa de Marte, Norby.

—Pero yo tengo que volver a la Academia —repuso Jeff.

—Sólo estaremos unos minutos en Marte, cadete. He de devolver el legado familiar a mi hermana y explicarle que lo he… hum… analizado y que procede de un mamut, no de un elefante africano.

—Quizá sería mejor que compruebe que todavía tiene el legado, almirante —aconsejó Jeff señalando la caja fuerte.

—¡Gran galaxia! ¿Y si hemos cambiado otra vez la historia y no está? —exclamó Yobo—. Casi no me atrevo a abrir la caja. ¿Estás seguro que la jefa lo tenía en la mano cuando te fuiste del pasado?

—Sí, señor. Intentó dármelo pero aún no estaba acabado tal como está el suyo, almirante. En el extremo no aparecía nada tallado.

—Norby, abre la caja fuerte —ordenó el almirante apretando las manos—. Prefiero quedarme aquí, sentado, intentando tranquilizar mi sistema nervioso. Rembrandt tiene razón. Los viajes en el tiempo son muy peligrosos.

—¡Aquí está, almirante! —gritó Norby con la caja abierta.

Yobo dio vueltas al legado inspeccionándolo por todas partes.

—Esta maldita cosa parece exactamente la misma que puse en la caja fuerte. ¿Que te parece, Jeff?

Después de mirarla con atención, Jeff respondió:

—La misma, señor.

Norby soltó unas risitas metálicas.

—Los seres humanos no sois muy brillantes. El legado parece el mismo porque fuimos parte de su historia. Es decir, *yo* soy parte de su historia.

—¿Se puede saber de que estás hablando? —rugió Yobo.

—En primer lugar, formo parte de la historia de este legado porque el mamut se partió el colmillo al chocar contra mi cuerpo.

—Pero, Norby —repuso Jeff—. Esa historia la creamos nosotros cuando retrocedimos en el tiempo. En la real, probablemente la tribu obtuvo el colmillo del animal muerto, o quizá lo mataron, y después lo tallaron.

—El animal seguía vivo cuando nos fuimos —dijo Yobo con el ceño fruncido de desconcierto—. Y, sin embargo, el colmillo parece el mismo.

—¡Les digo que formo parte de la historia de esta cosa y que siempre ha sido así! —insistió Norby.

—Tonterías —declaró Yobo—. En la historia real, el colmillo ha pasado de generación en generación hasta que llegó a las manos del hermano del tatarabuelo de Wenoa.

—Miren el dibujo del extremo inferior —dijo Norby.

Jeff estudió la talla. La misma inedia luna y la misteriosa mancha. De repente, engulló la saliva con dificultad y giró el colmillo. Cuando la parte curva estuvo hacia arriba, la mancha apareció exactamente en la mitad.

—Tienes razón, Norby —dijo echándose a reír—. Se trata de una paradoja del tiempo, ¿verdad?

—Cadete —declaró el almirante en el tono grave del trueno cuando anuncia una tormenta—. ¡Explícate!

—Es sencillo, almirante —intervino Norby—. Después de haber devuelto la niña a la tribu, la jefa debió sentirse tan impresionada por mí que talló mi sombrero en la parte inferior del colmillo.

—Imposible —declaró Yobo mirando el dibujo.



—Lo parece —asintió Jeff.

—Quizá —concedió Yobo. Se guardó la talla en el bolsillo y añadió—: No tengo el menor deseo de pensar en las paradojas del tiempo relacionadas con esto. Por favor, no le contéis nada a mi hermana. Si desea creer que es la Luna y una estrella, mejor. Me parece que los árabes

invadieron Rusia en algún momento de la historia, lo cual encaja con su teoría. Quiero decir, si logro convencerla de que la teoría de Wenoa es correcta y que el legado pertenece a la familia Grachev.

—Buena suerte, almirante —le deseó Jeff.

—La necesitaré.

14. El fin de semana más largo

YOBO abrió la puerta de su casa y exclamó:

—¡El maldito mayordomo sigue estropeado!

—Si nos hubiéramos quedado aquí en lugar de andar saltando por el tiempo y el espacio, yo hubiera podido repararlo.

—Norby —advirtió Jeff—, el fin de semana ha sido el que ha sido.

—Norby tiene razón. Teníamos que habernos quedado —Yobo entró en el vestíbulo y tocó un ídolo africano de madera que estaba allí expuesto entre otros objetos.

—Nunca hubiera conocido a Euterpe —le recordó Jeff.

—Ni hubiera visto el resplandor de su rostro cuando oía mi música ancestral. Mis antepasados fueron gente muy variopinta, Jeff, y me gustan todos.

—Me alegro, almirante.

Yobo le dio una palmada en la espalda y entraron en el salón.

Las dos mujeres los miraron sorprendidas.

—¿Qué ocurre, Boris? —Ivi puso su taza sobre la mesa—. ¿Por qué habéis vuelto?

—Quizá deseaba verme —declaró Wenoa en tono halagador mientras daba unos golpecitos en el sofá a su lado para indicar a Yobo que se sentara allí—. ¿No es verdad, Yobo, amor mío?

—¿Has estado todo el fin de semana aquí, Wenoa?

—¿Pero de qué estás hablando, Boris? —preguntó Ivi—. No has contestado a mi pregunta de antes. ¿Por qué habéis vuelto?

—Para devolverte el legado, Ivi. Y después hemos de salir corriendo hacia el Comando Espacial porque yo he de trabajar y Jeff ha de volver a la Academia.

—Siempre has sido un hombre lleno de vacilaciones, Boris. Primero insistes en llevarte la holocámara de viaje con un cadete y un robot y ahora

decides volver al trabajo. ¿Cuándo te tomarás unas vacaciones decentes?

—Las vacaciones ya han terminado, Ivi.

Norby tiró a Yobo de la manga de su uniforme.

—Almirante, señor…

—Ahora, no, Norby.

—Pero, señor, creo que hay un pequeño error…

—Norby… Vamos a ver, ¿qué día es hoy, Ivi?

—¡Boris! ¿Te has vuelto loco? —Wenoa obligó a Yobo a sentarse a su lado. Parecía desconcertada.

—Querido Boro: Jeff, Norby y tú os marchasteis hace sólo una hora.

—He intentado decírselo, señor —insistió Norby—. Un ligero error de cálculo…

—«Calla Norby» —le ordenó Jeff telepáticamente, añadiendo en voz alta—: Hemos de irnos porque el almirante desea estudiar los documentos que usted ha traído, los relativos al legado. ¿No es cierto, almirante?

—Cierto, cierto —Yobo dedicó una agradecida mirada a Jeff—. Muéstramelos Wenoa.

Wenoa sonrió. También era una mujer hermosa.

—Verás, querido, durante la hora que has estado fuera, se han producido grandes cambios, cambios que…

—¿Cambios? ¿Qué cambios? —Yobo frunció el ceño y dedicó una mirada terrible a Norby— ¿Se puede saber qué has hecho ahora monstruo de metal?

—Nada, almirante —protestó sobresaltado Norby—. Sólo he sido un tanto demasiado eficiente con el tiem… quiero decir con nuestra vuelta. Nada más. Creo…

—Estáis completamente mal de la cabeza —dictaminó Ivi—. Cuando eras pequeño, Boris, ya resultabas impredecible. Me asombra como llegaste a almirante. Siéntate, Jeff. Toma un poco de té mientras Wenoa explica lo que ocurre en el caso de que pueda hacerlo sin demasiados aspavientos.

—No estoy seguro de que pueda soportar oír nada acerca de cambios —murmuró Yobo—, pero imagino que será mejor que escuche.

—Boro, amor, nuestras familias están emparentadas de veras. Siempre sentí que entre nosotros existía una relación muy fuerte…

—No exageres, Wenoa —la interrumpió Ivi con su acidez habitual—. ¿Dónde está el legado, Boris?

Éste, sin habla, se lo tendió y engulló una pasta.

Jeff, que era capaz de comer toda clase de comida de la Federación, incluso el té de la tarde, también se sirvió pastas esperando no tener el aspecto de alguien que ha sido atacado por un mamut.

Wenoa puso una mano sobre el muslo de Yobo.

—No has de angustiarte, querido. Incluso tu querida hermana se lo tomó a bien cuando vio que todo era legal.

—¿Qué era legal? —consiguió articular Yobo.

—Permite que muestre el legado a mis hijos y después se quedará contigo y con Ivi, ahora que ya sabemos seguro que pertenece a tu familia.

—Pero no es exactamente así… —balbuceó Yobo.

—El legado pertenece a los Grachev y a los Yobo —afirmó Ivi sin hacer el menor gesto de entregarlo a Wenoa—. Pero, desde luego, ahora que hay la prueba de que los Grachev y los Yobo estuvieron unidos…

Yobo se dejó caer contra el respaldo del asiento.

—Entonces aceptas que la tatarabuela y el cosmonauta ruso…

—Nuestros padres nos enseñaron a reverenciar la ley, Boris. Debemos aceptar las consecuencias de lo que hizo nuestra tatarabuela.

—¡Ugh! —soltó Yobo cogiendo el papel que Wenoa había sacado del sobre oficial con un ampuloso movimiento cuando, una hora antes, habían salido de allí.

Leyó el papel y sonrió.

—¡Quién lo había de pensar! Un árbol genealógico que prueba que mi hermana y yo descendemos de gente del norte.

—¡De ruuusos! —exclamó entusiástica Wenoa—. De hermosos y maravillosos rusos por vía del niño que vuestra tatarabuela tuvo después de la misión a lo. Y con ello no quiero despreciar a la otra maravillosa gente que contribuyeron al resto de mis antepasados… Incluso llevo el nombre de una maravillosa americana indígena…

—Wenoa, por favor, enséñale a mi hermano el *otro* papel.

Cuando Yobo leyó el otro papel, estalló en carcajadas incontenibles. A continuación lo tendió a Jeff que sonrió.

—Realmente, Boris —declaró molesta Ivi—, no veo nada risible en un certificado de matrimonio. ¡Imagino que encontrarías mucho más romántico que nuestra tatarabuela *no* hubiera estado casada con el cosmonauta!

—Oh, no, Ivi —aseguró Yobo sin dejar de reír—. Estoy muy contento.

—Éste es el único ejemplar que hay —dijo Wenoa—. Los dos cosmonautas se casaron a bordo de la nave espacial, con el capitán como autoridad oficiante, por lo que el documento no fue registrado de inmediato. Más tarde la nave sufrió el accidente en la misión a lo y los registros de su ordenador se alteraron. En aquel tiempo, Marte sólo era una colonia de la Federación y las cosas no se regularizaron hasta bastantes años más tarde. Hace poco quise poner en orden los archivos y me costó una barbaridad convencer a los ordenadores para que emitieran los documentos correctos.

—Yo se los hubiera podido conseguir, señora —terció Norby.

—Probablemente —asintió ella—. Tienes el aspecto de ser un robot altamente inteligente.

—Gracias, señora. Si fuera un ser humano votaría por usted.

En aquel momento, un niño y una niña entraron en el salón cogidos de la mano.

—¿Podemos coger unas pastas, abuela? —solicitó Martín Lutero Chen—. Natasha y yo nos hemos divertido mucho en el jardín, pero ahora tenemos hambre.

—Claro que sí, hijo —dijo Ivi—. Y dale la mitad a Natasha.

—Claro. Cuando sea mayor me casaré con ella —y los dos niños con las manos llenas de pastas salieron fuera corriendo.

—No te vayas a desmayar, Ivi —recomendó Wenoa con una sonrisa—. Quizá lo hagan y todo salga bien.

La nariz de Isabel Victoria Yobo se había alzado hacia el techo, pero la bajó para manifestar:

—Boris, en esta última hora he recibido muchas impresiones a la vez. He tenido que aceptar que nuestro linaje africano no es tan puro como creía y que somos parientes de los Grachev. Lejanos, desde luego. Por lo tanto, debes aceptar…

—Pero si ya lo hago —interrumpió Yobo dando unos golpecitos en el muslo de Wenoa.

—Me refiero —prosiguió en tono gélido su hermana—, al hecho de que no voy a permanecer más en esta casa. Estoy cansada de ser la conservadora de las antigüedades de los Yobo, incluyendo este colmillo de elefante regalado por nuestra tatarabuela a su esposo legal que, después de morir, pasó a su mujer, como es natural.

—Uh… No es exactamente así… —empezó Yobo.

—Por favor, Boris, no me interrumpas. Me voy a la sede de la Federación como nueva ministro de Cultura del gobierno de Wenoa.

—Felicidades, señora —dijo Jeff.

—Sí, felicidades Ivi, y a ti, Wenoa, por formar parte de nuestra familia —y con cuidadosa galantería Yobo besó la mano de ella, pero cuando Wenoa se inclinó hacia él, la rodeó con sus brazos y le dio un beso de una intensidad algo más que familiar.

—Ah… —dijo después Wenoa algo escasa de respiración—. ¿Pasarás aquí el fin de semana, Boro?

Éste se puso en pie de un salto como una ballena decidida a no caer bajo el arpón de la tentación.

—Jeff debemos marcharnos. Imágenes. Montones de imágenes. Enseguida. Vamos, Norby. Adiós Ivi. Lo siento, Wenoa. Hasta que nos veamos de nuevo.

Y salió al trote de la habitación con Norby y Jeff pisándole los talones.

La tranquilidad reinaba en la sala de control de la nave cuando Yobo preguntó:

—¿Dónde está la holocámara?

—Me parece que se la dio a Norby al mismo tiempo que le entregaba la niña cuando usted espantó al mamut.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo.

—Sí que la tenía —confirmó Norby.

—¿Y…? —preguntó Yobo.

—Por favor, no se enfade, almirante.

—Norby… ¿qué hiciste con ella?

—Debo haberla olvidado con el falso Rembrandt porque después de dejarle a la niña ya no la vi más. Lo siento, señor.

—En ese caso se ha perdido en el tiempo —declaró Yobo.

—Cogeré el dinero de nuestros ahorros y le compraremos otra —ofreció apresuradamente Jeff antes de que Yobo pudiera empezar a gritarle a Norby.

—No es preciso, cadete. He perdido interés en las holocámaras. Y en la historia familiar. Quizás algún día se me ocurra explorar las regiones africanas de dónde procede el resto de mi familia… De cualquier modo, el árbol familiar de la humanidad empezó en África.

—Es bueno saber que, si retrocedemos lo suficiente, hallamos que todos estamos emparentados —dijo Jeff—. Toda la humanidad es uno.

—Bien dicho, cadete. Si alguna vez necesitas ayuda para investigar en *tu* árbol familiar…

—No, gracias, señor,

—Los seres humanos no saben lo que quieren —comentó Norby—. ¿No le ha gustado conocer a Euterpe, almirante?

—Hummm… Mujeres —comentó éste mirando al techo del *Orgullo de Marte*—. Me parece que pasaré el resto del fin de semana trabajando en mi despacho del Comando Espacial. Llévanos allá, Norby. ¿Te importa volver, Jeff?

—No, señor. Relevaré al cadete que se quedó haciendo mi guardia. No creo que desee pasar el resto de este fin de semana de otra manera que estudiando en la Academia.

Norby llevó la nave al espacio y la dirigió hacia la rueda orbital conocida como el Comando Espacial. Delante de ellos la vieron como un círculo brillante.

—Almirante —dijo Norby—, ¿está seguro de que le gusta ser almirante ahora que sabe que en otro camino temporal era primer ministro de la Federación?

—¡Que pregunta tan ridícula!

—Estoy contento de que sea el almirante Yobo —declaró Jeff.

—Gracias. Me gusta ser almirante. Quiero ser yo, Boris Yobo, completo, con mis memorias, mi propia ascendencia, mi propio trabajo, y… y…

—¿Sí, almirante? —le animó Jeff.

—… e incluso con mi hermana mayor.

—¿De verdad, almirante? —preguntó Norby.

—Ciertamente, ciertamente. Las hermanas mayores no son tan mala cosa. ¡Especialmente cuando forman parte de la familia de un «almirante»! Primer Ministro Yobo… ¡Bah!

FIN



JANET ASIMOV (nombre de soltera, Janet Opal Jeppson) (Ashland, Pensilvania 1926 - Nueva York, 2019), fue una escritora estadounidense de ciencia ficción y psicoanalista. Janet Asimov comenzó escribiendo libros de ciencia ficción para niños bajo el seudónimo J O Jeppson en los años 1970. Estuvo casada con Isaac Asimov de 1973 hasta la muerte de éste en 1992, y colaboraron en varios libros de ciencia ficción enfocados a lectores jóvenes, incluyendo la serie «Norby». También se hizo cargo de algunas columnas que Asimov publicaba en algunos periódicos. Humanista, liberal y activista por los derechos de los animales.

Janet Asimov se graduó en Artes en la Universidad de Stanford, habiendo comenzado sus estudios universitarios en Wellesley College, y se graduó como Doctora en Medicina en la Escuela Médica de la Universidad de Nueva York.

Trabajó como psicoanalista desde el año 1986 y se convirtió en una escritora publicada en el año 1996 con un cuento de misterio publicado en *The Saint Mistery Magazine*. De acuerdo al propio Isaac Asimov, los libros en los que escribieron juntos son 90% de Janet, pero aparecían con el nombre de él por pedido del editor.

ISAAC ASIMOV (Petróvichi, República Socialista Federativa Soviética de Rusia, 2 de enero de 1920 – Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de

1992), fue un escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica. La obra más famosa de Asimov es *la Saga de la Fundación*, también conocida como *Trilogía o Ciclo de Tránto*r, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación. Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.

Notas

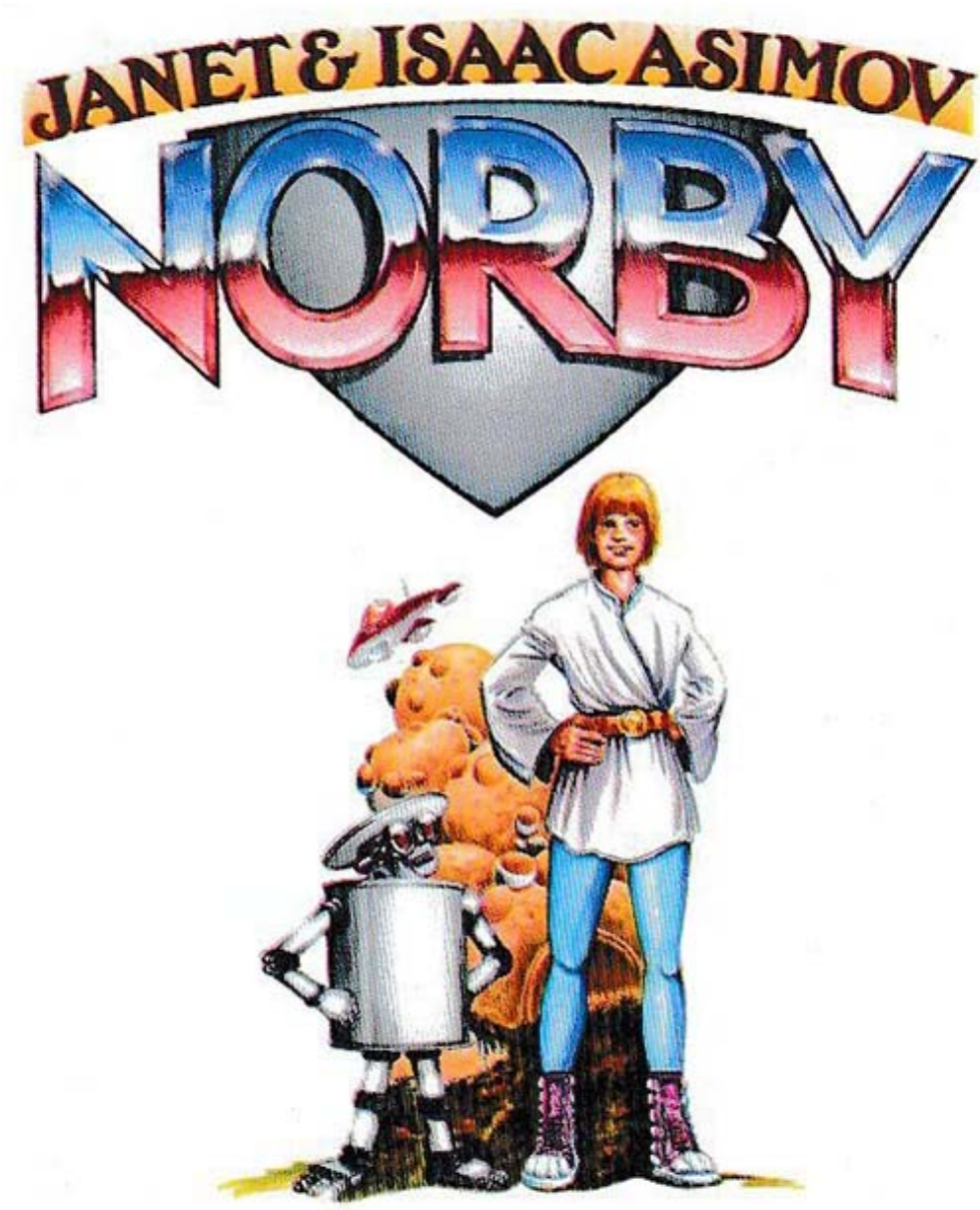
[1] Ver *El otro secreto de Norby*, de la misma colección. <<

[2] Cortesano, poeta y narrador inglés del siglo XIV. <<

[3] Ver *Norby y el collar de la Reina* de la misma colección. <<

[4] Ver *Norby regresa a la Tierra*, de la misma colección. <<

[5] Ver *Norby y la Princesa desaparecida* de la misma colección. <<



JANET E ISAAC ASIMOV formaron equipo en 1973 al contraer matrimonio, pero sólo habían colaborado en una antología de historietas y comics de ciencia-ficción. La señora Asimov, conocida profesionalmente como la Doctora Janet Jeppson, se graduó en la Universidad de Stanford y recibió su doctorado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York. Actualmente trabaja en el Instituto de Psicoanálisis William Alanson White, donde es profesora y supervisora. Es también autora de dos novelas, así como de numerosos artículos y narraciones cortas.

Isaac Asimov empezó a interesarse por la ciencia-ficción a los nueve años de edad y se apasionó por este género a través de los años. Ya ha escrito más de 270 libros que cubren todas la ramas de la ciencia, entre los que destacan la serie Cómo descubrimos… (Ed. Molino), la serie sobre La Fundación (Plaza y Janés) y sus libros sobre robots que comenzó con Yo Robot (Edhasa). La serie Norby es la primera colaboración de este equipo de marido y mujer.